

**La pintura, un sentir que posibilita una vida afirmativa: una mirada desde el pensamiento  
de Nietzsche**

Carlos Arturo Pulgarín Echavarría

Monografía para Optar al Título de Filósofo

Director

Arley Camero Ciro

Magister en Paz, Desarrollo y Ciudadanía

Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades ECSAH

Programa de Filosofía

2023

### **Dedicatoria**

Estas palabras están dedicadas a todos los seres humanos para quienes la razón sensible los abstrae de su cotidiana realidad, encontrando en la pintura, la posibilidad de sentir su ser-ahí en un vivir y sentir de forma afirmativa y placentera, haciendo de este tiempo finito de existencia muchos instantes de revelación: un iluminar-se.

### **Agradecimientos**

A todas las personas que me acompañan en este caminar filosófico y estético, a mis compañeros de estudio por la oportunidad de conocerlos y a mis profesores de Filosofía de la Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD, quienes con sus conocimientos me orientaron en el desarrollo de esta monografía.

### Resumen

El artista contemporáneo de forma afirmativa entrega, en medio de una aparente arbitrariedad, su intimidad, su necesidad interior. Las obras gobiernan su existencia, su mundo afirmativo. Viaja por caminos de alegrías, misterios, dolor y esperanza, se explora y se busca en sus obras hasta encontrar el significado afirmativo de su existencia. Desde su voluntad de poder, se re-crea en la obra y en la libertad de sus emociones. Crear es en sí un ejercicio de afirmación de una existencia finita, vivida en ejercicio vital y corporal, que proporcionan crecimiento; es la voluntad en sí misma la que hace que el artista vaya más allá de él mismo; voluntad de poder es un ir más allá de sí, haciendo de la voluntad como voluntad un querer ir más allá manteniendo su esencia se acrecienta el poder. Desde esta perspectiva de Nietzsche, el arte considerado como forma para transfigurar el mundo del ser humano, que le permite al artista lograr desde la creación de la obra sentir de forma afirmativa su existencia, se abordará la pregunta problema de este trabajo: ¿De qué forma la pintura como expresión artística, desde el pensamiento de Nietzsche, posibilita una vida afirmativa?

**Palabras clave:** Nietzsche, Apolo, Dionisio, vida afirmativa, razón, sensaciones, libertad, pasiones.

### **Abstract**

The contemporary artist affirmatively surrenders, in the midst of an apparent arbitrariness, his intimacy, his inner need. The works govern his existence, his affirmative world. He travels through paths of joy, mysteries, pain and hope, he explores and searches his works until he finds the affirmative meaning of his existence. From his will to power, he recreates in the work and in the freedom of his emotions. Creating is in itself an exercise in the affirmation of a finite existence, lived in vital and bodily exercise, which provide growth; it is the will itself that makes the artist go beyond himself; The will to power is a going beyond oneself, making the will as a will to want to go further while maintaining its essence increases power. From this perspective of Nietzsche, art considered as a way to transfigure the world of the human being, which allows the artist to achieve from the creation of the work affirmatively feel its existence, the problem question of this work will be addressed: of what does painting form as an artistic expression, from Nietzsche's thought, does it make an affirmative life possible?

**Keywords:** Nietzsche, Apollo, Dionysus, affirmative life, reason, sensations, freedom, passions.

**Tabla de Contenido**

Introducción.....	7
Planteamiento del problema.....	7
Objetivo General.....	13
Objetivos Específicos.....	13
Marco Teórico y Conceptual.....	13
Metodología.....	18
Estructura de la monografía.....	19
La vida afirmativa a partir de lo real que somos.....	21
El arte como alternativa de comprensión de la realidad.....	23
El arte como posibilidad de vida afirmativa.....	29
El arte fuerza que permite liberar la existencia.....	33
El arte como estructura de libertad.....	43
La voluntad de poder como fuerza creadora de arte.....	45
La voluntad de poder como libertad.....	51
La voluntad de poder desde el sujeto observador.....	59
El arte como potenciador de la vida.....	67
El arte como mediador de emociones.....	71

El arte, lenguaje que afirma la existencia humana.....78

Conclusiones.....87

Referencias Bibliográficas.....95

## Introducción

### Planteamiento del Problema

El arte le entrega al artista una forma de vida que lo lleva a ser lo que aún no es. Este permite expresar los sentimientos ligados a la existencia del ser humano, estimulando la vida misma de forma transparente, con voluntad y fundamentado en el ente, ese que se crea a sí mismo, provocando su creación. Crear es en sí un ejercicio de afirmación de una existencia finita, vivida en el ejercicio vital y corporal, que proporcionan crecimiento al observar las cosas de forma plena. El artista, desde su voluntad de poder, se re-crea en la obra y en la libertad de sus emociones, entregándole al observador un espacio de libertad que lo lleve a sentir en su ser embriaguez emocional y una afirmación de su existencia.

El artista contemporáneo de forma afirmativa entrega, en medio de una aparente arbitrariedad, su intimidad, su necesidad interior. El arte como vida afirmativa es un ponerse totalmente de frente ante la vida. El filósofo Deleuze acerca de la voluntad de poder, en su texto *Nietzsche y la filosofía*, observa que ella está asociada a una existencia afirmativa:

Sabemos en qué consiste lo que Nietzsche llama transmutación, transvaloración: no en un cambio de valores, sino en un cambio en el elemento del que deriva el valor de los valores. La apreciación en lugar de la depreciación, la afirmación como voluntad de poder, la voluntad como voluntad afirmativa (Deleuze, 1998, p. 240).

El arte afirma la vida en el momento que el hombre la fundamenta en una autoproducción estética, las obras gobiernan su existencia su mundo afirmativo con un objetivo claro, el eterno retorno, como anhelo de que ella se repita de forma eterna. Viaja por caminos de alegrías, misterios, dolor y esperanza, se explora y se busca en sus obras hasta encontrar el significado afirmativo de su existencia.

La voluntad de poder le permite al artista crear algo, expresarse, es la voluntad en sí misma la que hace que vaya más allá de él mismo; voluntad de poder es un ir más allá de sí, haciendo de la voluntad como voluntad un querer ir más allá manteniendo su esencia se

acrecienta el poder. El arte conecta la vida cotidiana del hombre con su mundo sensible, es por ello que es posible pensar que la creación artística es la máxima expresión de la voluntad de poder. Nietzsche relaciona el cuerpo y la sensibilidad como la revelación del sí mismo. Es la voluntad de poder lo que caracteriza al ente, debido a que ella lo es todo: es el devenir. Desde esta perspectiva de Nietzsche, el arte considerado como forma para transfigurar el mundo del ser humano, que permite lograr desde la creación la entrega afirmativa de su existencia, se abordará la pregunta problema de este trabajo: ¿De qué forma la pintura como expresión artística, desde el pensamiento de Nietzsche, posibilita una vida afirmativa?, para ello se tendrán como referencias básicas las obras de Nietzsche, *Humano demasiado humano*, *Voluntad de poder*. *El nacimiento de la tragedia*, *Crepúsculo de los ídolos*, *Aurora*, entre otras. Además, se contará con referencias secundarias de pensadores como Adorno, Arthur Danto, Vattimo, Heidegger, Ortega y Gasset, Cofre-Lagos, Walter Benjamín y Bachelard, entre otros, que de una u otra forma su pensamiento filosófico se acerca al mundo del arte.

### **Justificación**

Conocer la naturaleza ontológica de una obra de arte es una necesidad del ser humano, develar su dimensión natural y espiritual es un problema que ha existido y que aún sigue siendo un tema actual que merece ser estudiado. La obra como objeto es presentada al sujeto observador, el cual propende por entrar en contacto íntimo hasta encontrar su sentido, su estructura y la sensación que genera.

Es posible iniciar entregando definiciones de realidad, estética y emancipación, encontradas en múltiples textos, sin embargo, lo más adecuado es dilucidar acerca de dos mundos, el que está basado en las rígidas leyes de la lógica y el real, regido por la razón sensible, desde donde el artista crea el objeto-obra, en esos dos mundos vivimos nuestra existencia. Es un regreso al origen, a la tragedia griega, es acercarse al espíritu dionisiaco con el objetivo de

defender las pasiones como elementos que integran, que forman parte, de la conducta del hombre. No es plantear una forma de pensamiento irracional, es un nuevo vitalismo donde conviven, como un dúo, la lógica de la razón y la sensibilidad, esta última nos acerca al mundo sin prenociones ni categorías a priori.

Cada artista, crea un mundo a partir de su realidad, lo simboliza y lo deja plasmado en un objeto-obra llamado, obra de arte. La cual parte de una realidad coherente e intensa de su vida cotidiana y siendo una construcción espiritual. Si bien, el inicio de la creación artística es la realidad, su resultado es la ficción creada por el artista, quien a través de su razón sensible deja en el objeto-obra la reinterpretación de la realidad que sirvió de base para su creación. La obra, finalmente es construida en un mundo de coherencia al observar y reinterpretar el mundo real, espacio-tiempo, en el que vive el artista.

El ser humano está regido por leyes específicas, por principios lógicos orientados a ordenar las cosas y los acontecimientos, que tienen como objetivo comprender el mundo que lo rodea. La comprensión de los entes reales que permiten entender el mundo, es a lo que normalmente se llama realidad. Desde la filosofía del arte es posible asegurar que no solo el hombre tiene la capacidad para entender el mundo a partir de la lógica, también, desde la sensibilidad es posible identificar que el ser humano posee conciencia emocional, la cual se aparta de la razón lógica, permitiéndole al artista crear obras como expresión de su realidad, amarradas a ese instante de existencia vivido desde su sensibilidad. Desde este análisis, es posible darle un contexto a la sub-línea de esta investigación: Filosofía como conocimiento y forma de vida, pues el hombre posee la capacidad de lograr, haciendo uso de forma equilibrada de razón y sensaciones, que su existencia tenga una esencia, que su ser ahí, este por algo y para algo, con ello su forma de vida será placentera.

El arte como la máxima expresión de sensibilidad y creación humana, no puede explicarse como un fenómeno autónomo, sin una fuente que lo gesta, que lo ayuda a nacer y a desarrollar de forma plena. El artista contemporáneo está estructuralmente ligado a la realidad, a una sociedad y a una cultura, las cuales le generan inconformidad y rebeldía. El mundo contemporáneo, es un momento histórico de agitación y cambios permanentes que producen profundas inquietudes y angustias, que hace sentir a los seres humanos alejados del mundo a diferencia de las épocas anteriores. Se vive en medio de un sentimiento de incompletud, el cual genera en el artista precariedad, frustración, miedos y fobias, robándole totalmente la tranquilidad existencial. Es por lo anterior que, no se siente identificado con la sociedad y con su función como individuo. El arte muestra esta situación, refleja la realidad de un mundo desmesurado, en profunda crisis, donde al artista no le interesa presentar una obra para contemplar desde la belleza y no porque no pueda hacerlo, es solo porque el arte sublime ya no le suena agradable al alma y es por ello que el arte hoy es controvertido, en ocasiones contradictorio y tan oscuro como el hombre mismo.

Desde la filosofía, el arte es la realidad sensible del ser humano, entregado de muchas formas, a través de la literatura, la música, la pintura, la poesía, la danza, etc. Por ejemplo, en el mundo de la pintura, las sensaciones del artista, esos momentos sentidos, lo llevan a dejar en colores, texturas y formas su universo interior. Posibilidades aparentemente insólitas, pero no ilógicas, las cuales solo suceden en su existencia y no en la de los demás, pero que, al ser entregadas con coherencia, el espectador puede quedar atrapado y sentir que de alguna forma las ha vivido. Los acontecimientos de ese universo terminan siendo absolutamente coherentes y la dinámica interna permite que ese mundo interior del artista, su mundo sensible sea entendido. La realidad y la ficción coherente del artista viven en una lucha permanente, existen momentos en los cuales conviven, se fusionan y le dan vida a una existencia donde la emocionalidad está por encima de la lógica, donde algo que aparentemente es irreal, es la realidad

donde vive sus instantes y en algún momento afloran y quedan plasmados en un objeto artístico que es entregado o expuesto para que el observador se apropie y lo lleve en su existencia como un instante de vida compartida con el artista. El arte, finalmente es una necesidad inevitable del ser humano, forma parte de nuestra esencia y nos lleva a comprender e interpretar mejor la realidad. La transformación que ha sufrido la experiencia creativa y la obra como resultado de ella también lleva a un cambio en la experiencia contemplativa. El contemplador actual, ya sabe que no va a encontrar belleza, inicialmente la obra le ofrece perplejidad, muchos interrogantes y misterios, para develarlos es necesario buscar en el interior de la apariencia de la obra, el sentimiento que guardan las formas, colores, sonidos o palabras inexploradas, desconocidas, que hoy estamos aprendiendo a sentir en la piel y a comprender desde la razón sensible. Obras que nos están mostrando que estamos viviendo una revolución de nuevas opciones, en las cuales se rompen todos los cánones, las formas y ponen a prueba la sensibilidad inexplorada y temida en el ser humano, esa que lo hace diferente y le permite una existencia afirmativa en experiencia permanente.

El artista contemporáneo de forma afirmativa entrega, en medio de una aparente arbitrariedad, su intimidad y su necesidad interior. No crean esperando elogios, las obras gobiernan su existencia y los une a su mundo afirmativo. Estas llevan al hombre por caminos llenos de misterio, dolor, esperanza, pero también alegrías. El artista sale de su oscuridad y entrega sus obras para que sean exploradas y buscar en ellas, desde la contemplación, el significado afirmativo de existencia humana.

Sentir al artista es involucrarse en la diferencia que aparentemente existe entre realidad y ficción, pues esa ficción creada y vivida durante la etapa de producción de la obra es la realidad sentida en ese momento por el artista. Viajar por ese mundo irreal, sentir los personajes, los colores, los olores, las texturas, los miedos y las alegrías, entre otras, hace parte de la creación artística, la cual estructurada de forma coherente hará que la obra sea universal.

## **Objetivos**

### **Objetivo General**

Analizar desde el pensamiento de Nietzsche las posibilidades de una vida afirmativa a través de la pintura como expresión artística.

### **Objetivos Específicos**

Conceptualizar la noción de vida afirmativa a partir de lo real que es el ser humano.

Interpretar la noción de arte como estructura de voluntad.

Conceptuar el arte como potenciador de la vida.

### **Marco Teórico y Conceptual**

El arte es el camino que han tomado muchos filósofos en busca de valores nuevos. “Nietzsche sostiene que el arte tiene más valor que la verdad por ser afirmador de la vida del ser humano” (Gama, 2008, p. 67), el cual está enfocado en la búsqueda de la verdad, en ocasiones de forma desesperada, al extremo que se niega la posibilidad de la vida misma. Nietzsche, reivindica al artista, ese que le permite a su cuerpo plasmarse de emociones. El artista trabaja con el cuerpo y a partir de él, sin rechazar su sí mismo, logra darle apertura a su ser, construyendo una forma de pensar que le devela la verdad finita, esa que le entrega un saber práctico para asumir la inmediatez y la finitud de la vida de forma afirmativa. Nietzsche en sus textos es consciente de que arte no es una experiencia separada de la existencia o complementaria a la realidad, por el contrario, lo considera como algo íntimo del ser humano, es por ello que una de sus propuestas más temerarias es “ver la ciencia con la óptica del artista, y el arte, con la idea de la vida...” (Nietzsche, 2004, p. 28). El pensamiento de Nietzsche, dejado en algunas de sus obras, permitirán abordar la pregunta de esta investigación ¿De qué forma el arte posibilita una vida afirmativa? Los aportes de este pensador llevan a entender el arte como una forma de existencia y por ende una oportunidad que le da la vida al hombre de apropiarse de su vida en actitud afirmativa.

El pensamiento estético de Nietzsche, dignificó y le dio seriedad al arte “estoy convencido de que el arte es la tarea suprema y la actividad propiamente metafísica de esta vida” (Nietzsche, 2004, p. 40), y a diferencia de los filósofos anteriores, reivindicó al artista y no a la obra de arte, ni al observador entregando juicios estéticos, que en ocasiones pretendían ser universales.

El mundo de los sentidos, o mundo sensible, sostiene Nietzsche (2002), es el mundo real, aparente, una ilusión óptica que conecta al hombre con su ser. El mundo super trascendental lo invento el hombre para empequeñecerse frente a la vida, de esta forma le apuesta a la vida del más allá que desconoce. Los sentidos muestran el devenir, permiten que se logre la conexión con la realidad cambiante. Es la razón la que altera y cambia la información que entregan los

sentidos, ella ha sido la culpable de que los sentidos hayan sido dejados a un lado en gran parte del pensamiento filosófico. Abandonar los sentidos es abandonar el cuerpo, aceptando que el cuerpo es peso para el alma. No se debe pensar el cuerpo como una organización biológica perfecta, en su lugar se le debe pensar de forma más amplia, como un cúmulo de sentimientos, deseos e instintos. “El cuerpo es el “sí-mismo” (Selbst), es la profundidad misma del ser humano, que se encuentra detrás y más allá de los pensamientos y de los sentidos, siendo el fundamento último de las vivencias en el “mundo aparente” (Silenzi006, p. 209). El sí mismo, el cuerpo, habita en el mundo aparente y no en el mundo de las ideas, pues no solo le debe al cuerpo la pasión y los placeres, esos que devienen en el eterno retorno, sino también le indica al yo qué y cuándo sentir placer o dolor. El artista como indagador del mundo aparente, encuentra en sí mismo la inspiración que lo lleva a la afirmación de su existencia. Nietzsche desde su voluntad de poder motiva al conocimiento personal, el cual se logra desde el amor propio después de recorrer la inmensidad de las sensaciones del cuerpo que permiten lograr la expresión del sí mismo. El pensamiento de Nietzsche no está orientado a una pregunta por la vida en sí, en su lugar se pregunta por la razón en la vida, entendida como un proceso, un devenir, construir, crear y destruir, la vida es la instancia más cercana a lo dionisiaco. Ese impulso creador llena al hombre de voluntad de poder como algo vivo y dinámico, lo lleva afirmar su existencia y a desear el eterno retorno. Es por ello que el mayor acontecimiento que consume la vida del artista es la esencia del arte. Otros filósofos también han entendido la vida como una fuerza creadora, pero no como el dúo que presenta Nietzsche estético-artística. Es el caso de Dilthey, para quien “el arte era una exteriorización de la vida entre otras, que se define en el marco de la triada hermenéutica de vivencia, expresión y comprensión como objeto de las ciencias del espíritu” (DeSantiago, 2000, p. 245).

La relación que existe entre vida y arte es la base metafísica en la que Nietzsche se apoya para trabajar la coherencia entre el estado apolíneo y el estado dionisiaco. Una conexión directa,

la vida le da origen al arte y el arte a su vez, le entrega horizontes a la vida. Es el arte en este caso una descarga positiva que revitaliza y potencializa la vida, de tal forma que se crea un círculo vicioso, “el arte se fundamenta en la vida, pero de tal manera que fundamenta la vida misma” (De Santiago, 2000, p. 247). Haciendo uso del estado apolíneo y del estado dionisiaco como dos fuerzas artísticas, Nietzsche piensa la vida como un trascender, una fuerza creadora que actúa en búsqueda de un sentido pleno:

[...] tampoco somos nosotros los auténticos creadores de ese mundo de arte: lo que sí nos es lícito suponer de nosotros mismos es que para el verdadero creador de ese mundo somos imágenes y proyecciones artísticas, y que nuestra suprema dignidad la tenemos en significar obras de arte - pues sólo como *fenómeno estético* están eternamente *justificados* la existencia y el mundo [...] (Nietzsche, 2004, p. 69).

Desde esta perspectiva de Nietzsche, el arte considerado como forma para transfigurar el mundo del ser humano, que permite lograr desde la creación la entrega afirmativa ante su existencia, el mundo como apariencia le permite al hombre liberar su voluntad creadora, lo usa como medio para producir por medio de él obras en las cuales puede contemplarse y entregar para que otros puedan hacerlo, pues el arte como voluntad es el máximo logro del placer hecho voluntad de creación. El arte como un estar en el hombre, le permite transformar la vida, hacerla afirmativa, aun sabiendo que vida y sufrimiento son indisociables, pues el dolor hace parte de la naturaleza humana. La función del arte ante el dolor es servir de tonificante para redimir a quien sufre. “Salud y enfermedad no son esencialmente diferentes...No se deben hacer de ellas distintos principios...En realidad, hay entre estas dos formas de existencia solo diferencias de grado” (Nietzsche, 2000, p. 60). La enfermedad estimula, ella muestra desde otra mirada aspectos de la realidad que con la mirada sana no son perceptibles. La razón por la cual el arte pretende darle belleza a la vida es precisamente por ser insoportable, es por ello que el arte busca idealizarla, llevándola a un plano afirmativo que le permita al ser humano seguir viviendo. Es quizás irónico que el arte parta de una contradicción, pues es desde lo insoportable de la vida que el arte le proporciona nuevas fuerzas al hombre para potencializar su existencia. La contradicción

debe existir para que el arte se relacione con la vida y se logre producir una afirmación de ella, manifestada desde lo más íntimo del ser. El arte tiene un carácter altamente productivo desde las mismas descargas vitales que de forma continua se desbordan, haciendo de esa sobre abundancia la característica principal del arte dionisiaco. Lo dionisiaco potencializa la vida, la glorifica y la direcciona hacia múltiples opciones “a partir de la afirmación del mundo y de la vida, que es posible en virtud de esa energía incontrolable y productiva que posee, en el sentido abarcante, al artista (no que posee el artista)” (De Santiago, 2000, p. 257). El arte como vida afirmativa es un ponerse totalmente de frente ante ella misma.

La transfiguración de la vida se logra cuando el arte deja de ser una imitación de la naturaleza o una simple forma de reproducir la realidad. El proceso de transfiguración le ofrece al hombre el tránsito hacia una voluntad de creación y desde ella caminar hacia una vida en libertad. El exceso de descargas vitales le permiten al ser humano transformar y fortalecer su voluntad, convirtiéndola en voluntad para crear, su voluntad de poder: arte.

El arte afirma vida en el momento que el hombre la fundamenta en una autoproducción estética con un objetivo claro, el eterno retorno, como anhelo de que ella se repita de forma eterna. De esta forma el ser humano crea orden, sentido y lógica a su existencia, pues no se trata de que el artista potencialice su obra, se trata finalmente que se sienta a sí mismo como una obra de arte, mostrando que la energía de la creación no está en el fruto, está en la potencia de la semilla. Esa sobrevaloración es la voluntad de vivir una existencia en constante afirmación, sin dejar de lado el dolor y la enfermedad, en lo estético tienen cabida lo feo y lo desarmónico como parte del juego de la voluntad creadora consigo misma, pues el mundo como fenómeno es posible justificarlo y entenderlo desde la estética.

Finalmente, el arte que produce el hombre desde el estado apolíneo y el estado dionisiaco, es una forma de sentir que le permite al razonamiento abrir un amplio espacio a los sentidos, para

que el ser ahí asuma la existencia desde abismos oscuros que le entregan una propuesta del mundo consecuente con su deseo de vivir una existencia afirmativa. Rendirse ante la posibilidad de una vida afirmativa que entrega el arte es asumir la voluntad de vivir en plenitud. “Lo que es esencial en el arte es su perfeccionamiento de la existencia, su provocar, la perfección y la plenitud; el arte es esencialmente la afirmación, la bendición, la divinización de la existencia” (Nietzsche, 2000. p. 544)

### **Metodología**

Como método de investigación se utilizó la hermenéutica, la cual permite entender cada parte desde el todo y a su vez, comprender el todo desde cada una de las partes. En el campo de la investigación la hermenéutica permite comprender la congruencia de los detalles con el texto en sí. Se realizó un proceso de continua interpretación de expectativas y conceptos extraídos de las lecturas realizadas, con el fin de darle cumplimiento a los objetivos de la investigación propuesta y se avanzó hacia una perspectiva desde la cual fue posible construir un concepto propio.

Partiendo del hecho de que no existe una verdad absoluta, “A primera vista las artes plásticas parecen dotar a sus obras de una identidad tan inequívoca que sería impensable la menor variabilidad en su representación” (Gadamer, 1993, p.182), que es posible extraer muchos significados de la realidad, el individuo está abocado a adquirir nuevas interpretaciones que lo acerquen hacia las dudas o enigmas humanos, proporcionándose otras visiones de un conocimiento certero,

Lo que se representa en la obra de arte es, según Gadamer, lo plenamente verdadero, el ser más auténtico o esencial de las cosas, que normalmente está oculto y sustraído a la visión de los hombres. La superioridad de lo representado en la obra de arte respecto de la realidad cotidiana radica en que, a diferencia de esta, se da un círculo cerrado de sentido, un conjunto de posibilidades resueltas, no hay la indefinición de expectativas deseadas o temidas que no pueden cumplirse todas por ser excluyentes entre sí... Ahora bien, si la representación artística es interpretación, debe cumplir los requisitos generales de toda interpretación, que estudia la hermenéutica. En particular no puede aislarse del mundo al que pertenece, ignorando bajo qué condiciones se muestran las obras de arte (de la Maza, 2005, p. 132).

Haciendo uso de la hermenéutica el investigador puede hacer referencia a algo, en este caso la obra de arte, “como algo que tiene sentido para el hombre de hoy, una superación de las distancias temporales –y de las diferencias entre los sujetos– que no trata de anular esas distancias y diferencias, sino de hacerlas productivas” (De la Maza, 2005, p. 132), para ello se partió de la lectura de diferentes textos y pensadores, realizaron cuestionamientos propios, luego de comparar y comprender, finalmente realizó un análisis que le permitió definir una opinión propia.

### **Estructura de la Monografía**

La monografía está dividida en tres capítulos y conclusiones, las cuales pretenden sintetizar lo expuesto a través de los diferentes conceptos abordados desde Nietzsche y otros pensadores, así como el pensar y sentir del autor de la misma, como hombre dedicado a las artes plásticas y a la filosofía desde la estética del arte.

En el primer capítulo: **La vida afirmativa a partir de lo real que somos**, se podrá evidenciar como la vida por sí misma es afirmativa y el arte a su vez es la experiencia de la existencia. La característica fundamental del ser humano, durante toda su existencia, es su actividad artística. Su reproducción constante de apariencias, desde la vida nómada en las cavernas hasta hoy, muestra que su devenir nunca termina, su mundo vive en permanente autoreproducción, destruye y construye, agitando sin tregua ese devenir donde nacen y mueren sin tregua las apariencias. El mundo como fenómeno, ofrece una descarga de imágenes proyectadas desde las apariencias, el resultado de esta naturaleza estética es la obra de arte, la cual no entrega estabilidad, ella por si misma es inestable, es el inicio de un proceso de auto reinterpretación de las sensaciones del artista embriagado de su realidad vital.

En el segundo capítulo se pretende **interpretar la noción de arte como estructura de voluntad**, desde tres estados: la voluntad de poder como fuerza creadora de arte, la voluntad de poder como libertad y la voluntad como poder desde el sujeto observador. El artista desde su excitabilidad coloca un velo sobre su realidad, de tal forma que el arte genera artificiosidad y algo de impureza en el pensamiento, esconde y revela, es un estado de embriaguez artística. La oscuridad es necesaria para aclarar y para embellecer, ese velo de embriaguez es lo que hace soportable la existencia humana. El arte produce en la vida goce y tranquilidad provisional, es una descarga de paliativos que llevan a la acción y aumentan la voluntad de poder. El desenfrenado mundo dionisiaco inunda el controlado mundo apolíneo, es en ese momento que el mundo del artista se pone al descubierto, se desestructura para volver a construirse y mostrar su real mundo, en ocasiones sensible y en otras terrible. De esta forma en el artista aparece una fuerza que lo invita a renacer, a desbocarse en emociones y sensaciones, la voluntad de poder, ella no solo produce gusto, sino también la configuración del deseo del eterno retorno.

En el tercer capítulo se abordará **el arte potencializador de la vida**, la relación entre el arte y la vida es la base metafísica en la que Nietzsche se apoya para comprender la coherencia entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Una relación directa, la vida le da origen al arte y este le entrega horizontes a la vida. Es el arte en este caso una descarga positiva que revitaliza y potencializa la vida, de tal forma que se crea un círculo vicioso, “el arte se fundamenta en la vida, pero de tal manera que fundamenta la vida misma” (De Santiago, 2000, p. 247). Haciendo uso del estado apolíneo y del estado dionisiaco como dos fuerzas artísticas, Nietzsche piensa la vida como un trascender, una fuerza creadora que potencializa al ser humano en la permanente búsqueda de un sentido pleno a su existencia.

### La Vida Afirmativa a Partir de lo Real que Somos

Rendirse ante la posibilidad  
de la vida afirmativa  
que entrega el arte, es asumir  
la voluntad de vivir en plenitud.  
(Pulgarín)

Hablar de arte es regresar al origen, es acercarse al espíritu apolíneo y dionisiaco, a la tragedia griega, en defensa de las pasiones como elementos integradores de la conducta del hombre. Desde el arte no es posible plantear una forma de pensamiento irracional, por el contrario, de él nace un vitalismo donde conviven el dúo de la razón y la sensibilidad, este dúo, acerca al hombre al mundo sin prenociones ni categorías a priori. El objetivo específico de este capítulo es *Conceptualizar la noción de vida afirmativa a partir de lo real que es el ser humano*, el arte afirma la vida, las obras gobiernan la existencia desde su mundo afirmativo en el momento en el cual el hombre se fundamenta en una autoproducción estética con un objetivo claro, el eterno retorno, como anhelo de que ella se repita de forma eterna. El artista viaja por caminos de alegrías, misterios, dolor y esperanza, se explora y se busca en sus obras hasta encontrar el significado afirmativo de su existencia.

Desde la filosofía, el arte es la realidad del dúo razón-sensibilidad en el ser humano, entregado de muchas formas, a través de la literatura, la poesía, la pintura, la música, la danza, etc. Por ejemplo, en el mundo de la pintura las sensaciones del artista, esos momentos sentidos, lo llevan a dejar en colores, texturas y formas su universo interior. Posibilidades aparentemente insólitas, pero no ilógicas, las cuales solo suceden en su existencia y no en la de otros, pero que, al ser entregadas con coherencia, el observador puede quedar atrapado y sentir que de alguna forma las ha vivido. Los acontecimientos de ese universo terminan siendo absolutamente

coherentes y la dinámica interna permite que ese mundo interior del artista, su mundo sensible sea entendido.

El arte es el camino que han tomado muchos filósofos en busca de nuevos valores, en su obra *La voluntad de poder*, Nietzsche (2006), manifiesta “que el arte tiene más valor que la verdad” (Nietzsche, 2006, p. 568), pues es este quien afirma la existencia del hombre, el cual siempre ha estado en búsqueda de la verdad, en ocasiones de forma desesperada, al extremo que se niega la posibilidad de la vida misma. Nietzsche, reivindica al artista, ese que le permite a su cuerpo plasmarse de emociones. El artista trabaja con el cuerpo y a partir de él, sin rechazar su sí-mismo, logra darle apertura a su ser, construyendo una forma de pensar que le devela la verdad finita, esa que le entrega un saber práctico para asumir la inmediatez y la finitud de la existencia de forma afirmativa. En *El nacimiento de la tragedia*, Nietzsche (2009), es consciente de que arte no es una experiencia separada de la existencia o complementaria a la realidad, por el contrario, lo considera como algo íntimo del ser humano, es por ello que una de sus propuestas más temerarias es “ver la ciencia con la óptica del artista, y el arte, con la idea de la vida...” (p. 28). Desde los aportes de este pensador, el arte considerado como forma para transfigurar el mundo del ser humano, que permite lograr desde la creación la entrega afirmativa de su existencia, se abordará la pregunta problema de este trabajo: ¿De qué forma la pintura como expresión artística, desde el pensamiento de Nietzsche, posibilita una vida afirmativa?, para ello se tendrán como referencias básicas sus obras, las cuales permitirán comprender el arte como una forma de existencia y por ende una oportunidad que le da la vida al hombre de apropiarse de su existencia en actitud afirmativa y hacer de ella, lo que es, una obra de arte.

En este capítulo se pretende *conceptualizar la noción de vida afirmativa a partir de lo real que somos*, la vida por sí misma es afirmativa y el arte a su vez es la experiencia de la existencia. La característica fundamental del ser humano, durante toda su existencia, es su actividad artística. Su reproducción constante de apariencias, desde la vida nómada en las cavernas hasta hoy, muestra que su devenir nunca termina, su mundo vive en permanente autoreproducción, destruye y construye, agitando sin tregua ese devenir donde nacen y mueren sin tregua las apariencias. El mundo como fenómeno, ofrece una descarga de imágenes proyectadas desde las apariencias, el resultado de esta naturaleza estética es la obra de arte, la cual no entrega estabilidad, ella por sí misma es inestable, es el inicio de un proceso de auto reinterpretación de las sensaciones del artista embriagado de su realidad vital.

### **El Arte Como Alternativa de Comprensión de la Realidad**

El arte le entrega al hombre un habitar en la identidad del uno, es una unidad que lleva al conocimiento de si-mismo, como alternativa de comprensión de su realidad. Desde el pensamiento artístico el ser humano fluye hacia su creatividad vital. Hacia un vivir momentos de sensibilidad; sin dejar de lado lo real, el hombre observa que no existe una sola verdad, lo que existe son múltiples formas o versiones de la realidad, “la propia esencia del arte es ser función de la vida y su máxima expresividad la alcanza en y a través de la vida” (De Santiago, 2000, p. 244). Los actos universales, así como los colectivos desaparecen y lo singular conforma fuerzas que cambian insistentemente descifrando verdades orientadoras de vida. El artista, con el arte, deslimita el conocimiento, celebra con él la existencia de verdades que a cada instante nombra y le abren camino a su realidad.

Nietzsche no pretende asegurar que la interpretación de la realidad sea verdadera, muestra que la creación artística es una forma referencial del pensamiento, en su texto *La voluntad de poder* escribe: “El arte tiene más valor que la verdad, el arte es la auténtica misión de la vida...”

(Nietzsche, 2006, p. 568). El artista entrega su energía vital, la obra de arte vigoriza desde el instante mismo de creación.

“Según Heidegger, el artista es un modo de vida, ya que lleva a *ser* algo que todavía no es. La esencia de todo ser es la voluntad de poder, por eso en el artista, Heidegger cree encontrar el modo más transparente y conocido de la voluntad de poder. A su vez, el arte en la filosofía nietzscheana es una forma de superación del nihilismo a través de la instauración de nuevos valores” (Silenzi, 2006, p. 205).

El arte es un obrar que obliga al artista a pensar, a despertar sus singularidades, hacerse afín como creador. El artista produce desde lo singular, desde su ser-ahí se despliega, se retorna para crear-se, es un dejarse llevar en libertad haciendo de la obra logos y realidad. Convierte y transforma su ser de forma disciplinada en virtuosismo estético, en moral fuerte nietzscheana, “Ese temple de ánimo consiste en no dejarse determinar por nada, nada le resulta “extraño” ni “demasiado” al artista que está abierto a todo y va más allá de sí mismo” (Silenzi, 2006, p. 206). Su pensamiento se despliega sobre sí-mismo y sobre sus sensaciones, de esa forma el dúo logos - sensaciones se armoniza, deja de lado la separación mental que originó Platón y la convierte en fuerza disciplinada de creación.

El artista transmuta sus valores débiles hasta volverse referente de su propia existencia; desde la singularidad, extermina la debilidad, para referenciar su existencia en la colectividad como un estar en el mundo. En la individualidad el artista crea hábitos que le generan alegría, no como decreto sino como forma de vida. Evoluciona de forma individual, interna y externamente, para crearse desde lo real, haciendo uso del dúo logos-sensaciones, que él es.

El ser humano no debe ver el arte como algo aislado, algo fuera de su ser, una experiencia de otros; el arte aporta desde la voluntad individual, es esencia de la función de la vida. Es por ello que el arte no apunta a la vida en sí, sino a la razón en la vida, a su realidad. El artista vive

desde la armonía del dúo logos – sensaciones, crea la obra a partir de su sentir como tal. “Por eso, la vida se entiende siempre como ‘proceso’, como un devenir sin meta ni fin más allá de la verdad y la no verdad, creatividad, destrucción y construcción, en última instancia, ‘lo dionisiaco’” (Espinoza, 2019, p. 106). En la obra *Más allá del bien y el mal*, Nietzsche (2005), manifiesta que la vida es básicamente voluntad, “algo vivo quiere, antes que nada, dar libre curso a su fuerza – la vida misma es voluntad de poder” (Nietzsche, 2005, p. 36). Es por ello que el arte conecta la vida cotidiana del hombre con su mundo sensible y la actividad artística es el reflejo de su voluntad de poder en su máxima expresión. Nietzsche relaciona el cuerpo y la sensibilidad como la revelación del sí mismo. Es la voluntad de poder lo que caracteriza al ente, debido a que ella lo es todo: es el devenir. El artista modela y responde por su ser, desde metáforas vivificantes texturiza su forma de pensar, posibilitando la creación como experiencia cotidiana, donde el hombre alcanza su máxima voluntad de poder, es allí donde logra vivir en el dúo logos – mundo sensible. Es en ese espacio donde el cuerpo se convierte en expresión de sí-mismo. Heidegger (2000), hace referencia a la voluntad de poder de Nietzsche como: “...para él la voluntad no es otra cosa que voluntad de poder, y poder no es otra cosa que la esencia de la voluntad” (p. 46). Ella no tiene la facultad de causar o producir algo, “...sino que dicha facultad también se fundamenta en la voluntad de poder misma. El querer a sí misma de la voluntad significa, refiriéndose Heidegger específicamente al ser humano, un ir más allá de nosotros mismos, un ir más allá de sí...” (Silenzi, 2006, p. 202). Según Heidegger (2000), la voluntad en este caso se incrementa así misma, el ir más allá es dominar, es querer siempre más, “Puesto que la voluntad es resolución a sí mismo en cuanto dominar más allá de sí, puesto que la voluntad es querer más allá de sí, la voluntad es el poderío que se da poder así como poder” (p. 51).

Hablar de arte, es hacer referencia a la realidad de algo que hace al humano más humano. Es una actividad de algo existente desde siempre en el ser. Arte es la expresión de un artificio que nace, no de un discurso, sino de la naturaleza misma del ser. Nietzsche concibe el arte, iniciado por Schopenhauer, como una forma humana donde prima la voluntad sobre el intelecto. Negar el racionalismo como forma de interpretación del hombre, fue su pensamiento de juventud, buscaba invertir la filosofía platónica, pues el pensar racional de Platón impedía la actividad artística debido a su relación contraria al proceso creativo. Platón (2020), aniquiló la posibilidad misma del arte, pues a partir de él, el arte solo es válido cuando está vinculado al mundo racional del conocimiento, es decir, el mundo de lo en sí, ese donde existen las ideas eternas, esas que se convierten en verdades universales y necesarias para la existencia humana. En su libro la República pregunta "... ¿qué es lo que persigue la pintura con respecto a cada objeto, imitar a lo que es tal como es o a lo que aparece tal como aparece? O sea, ¿es imitación de la realidad o de la apariencia?" (p.462) y recibe como respuesta "De la apariencia" (p.462), a lo que afirma: "En tal caso el arte mimético está sin duda lejos de la verdad" (p.462).

La unidad del hombre con el planeta desaparece lentamente y el resplandor de la razón lo enloquece. La existencia se vuelve cuantitativa, la res pensante de Descartes allana una realidad que el hombre solo observará a medias. La escisión (res cogitans - res extensa), afianzó la degradación del hombre, inhabilitándolo para vivir una vida plena. Las pasiones y la intuición permiten una vida fluida, acercan la existencia a la razón cualitativa, al mundo donde los sentidos dejan de lado el "pienso luego existo" y le da espacio a una fuerza que atrapa la realidad del instante dinámico como lo es la vida misma. Es la razón sensible la que permite al hombre salirse de la desesperanza, es una donación, un regalo para encontrar respuestas; no para consolarse, sino para desocultar la realidad y sentir la existencia en conexión con el mundo, con su riqueza vital

interior, aquella sintiente y sufriente, que encausa la razón y la conciencia. Nietzsche en Así habló Zaratustra dice: “Hay más razón en tu cuerpo que en tu mayor sabiduría” (Nietzsche, 1992, p.58).

Descartes dudó del sentir argumentando “(...) que las sensaciones no son seguras... que se puede dudar que se siente, puesto que ni siquiera es seguro que se tenga cuerpo para sentir” (Pachón, 2022, p. 184). Esta posición lleva al cuerpo y a sus sentires a un plano inferior y ubica la razón como la base de la existencia, pienso, luego existo es un referente que marcó la historia del hombre, lo hizo despreciar las pasiones, las pulsiones que hacen del hombre un ser creado con un aliento palpitante no separado de la razón. Al contrario de lo que pensaba Descartes, cuerpo y pensamiento son un conjunto, un dúo indisoluble.

En el pensamiento de Nietzsche, esa voluntad única: metafísica y abstracta, sufre una metamorfosis en la edad madura. La fuerza estética adquiere una forma fisiológica inmediata, alejándose del pensamiento de Platón y Descartes, siendo el cuerpo quien tiene la capacidad y el poder de crear: el hombre es cuerpo y son las pulsiones las que gobiernan sus ambiciones y desde ellas puede interpretar su mundo; cada pulsión es una visión que pretende imponerse sobre las demás pulsiones. La exteriorización de cada pulsión tiene como efecto, según Nietzsche, la voluntad de poder, la cual le permite al hombre vivir creando formas a partir de lo informe que es la realidad misma. Ella desde la realidad produce, en muchas ocasiones parálisis, gozo e ilusión que posibilita la vida.

“El sentido no es separable de la fuerza que se manifiesta, de la voluntad de poder. Sólo en el continuo devenir de la producción de apariencias es posible observar la forma, el sentido, pues es la naturaleza, ese conjunto de pulsiones, carece de forma, sentido y valor antes de que esas pulsiones hayan manifestado su fuerza, por lo que el sentido y el valor son producto de la actividad artística” (Nietzsche, 2004, p.14).

La realidad y la ficción coherente del artista viven en una lucha permanente, existen momentos en los cuales conviven, se fusionan y le dan vida a una existencia donde la emocionalidad está por encima de la lógica, donde algo que aparentemente es irreal, es la realidad donde vive sus instantes y en algún momento afloran y quedan plasmados en un objeto artístico que es entregado o expuesto para que el observador se apropie y lo lleve en su existencia como un instante de vida compartida con el artista. El arte, finalmente es una necesidad inevitable del ser humano, forma parte de su esencia y lo lleva a comprender e interpretar mejor y de forma placentera la realidad.

El mundo sensible o mundo de los sentidos, Nietzsche (2002), en el texto *El crepúsculo de los ídolos*, sostiene, es el mundo verdadero, aparente, una ilusión óptica y moral. Los sentidos muestran el devenir, permiten que se logre la conexión con la realidad cambiante. El mundo super trascendental lo inventó el hombre para empujarse frente a la vida, de esta forma le apuesta a la vida del más allá que desconoce. Es la razón la que altera y cambia la información que entregan los sentidos, ella ha sido la culpable de que estos hayan sido dejados a un lado durante un largo periodo del pensamiento filosófico. Abandonar la razón sensible, dejar los sentidos de lado, es abandonar el cuerpo, aceptando que el cuerpo es peso para el alma y que en ella no anida la razón poética. No se debe pensar el cuerpo como una organización biológica perfecta, en su lugar se le debe pensar de forma más amplia, como un cúmulo de sentimientos, deseos e instintos. “El cuerpo es el “sí-mismo” (Selbst), es la profundidad misma del ser humano, que se encuentra detrás y más allá de los pensamientos y de los sentidos, siendo el fundamento último de las vivencias en el “mundo aparente”” (Silenzi, 2006, p. 209). El sí-mismo existe en el mundo aparente y no en el de las ideas, pues no solo le debe al cuerpo la pasión y los placeres, esos que devienen en el eterno retorno, sino también le indica al yo, qué y cuándo sentir placer o dolor. El artista como indagador del mundo aparente, encuentra en sí mismo la inspiración que lo lleva a la afirmación de su existencia. Nietzsche desde su voluntad de poder motiva al

conocimiento personal, el cual se logra desde el amor propio, después de recorrer la inmensidad de las sensaciones del cuerpo que permiten lograr la expresión del sí mismo.

Hablar de arte, desde el pensamiento de Nietzsche (2004), *Estética y teoría de las artes*, es hablar de realidad, de algo que hace al humano más humano. Es una actividad de algo existente desde siempre en el ser. “Lo artístico es ese perfecto autorrecubrimiento de lo interior y lo exterior en cada momento” (p. 59). El arte es la expresión de un oficio que nace, no de un discurso, sino de la naturaleza misma del ser, “las creaciones del arte son el fin supremo de placer de la voluntad” (p. 56).

La voluntad de poder, según Nietzsche (2004), le permite al hombre seguir viviendo, creando formas de lo informe que es la realidad misma, “la voluntad nos retiene en la existencia y emplea cada convicción con el propósito de hacer posible la existencia” (p. 53). La voluntad produce desde la realidad, la cual en muchas ocasiones paraliza gozo e ilusión, la posibilidad de una existencia creadora.

### **El Arte Como Posibilidad de Vida Afirmativa**

Lo originario, vital e individual en el ser humano es el arte. Es un afecto que afirma la existencia, es desde la vida misma que el artista concilia en contemplación la finitud y el devenir. Los componentes estéticos de la obra son los mismos que conforman el mundo y su significado no buscan justificar lo externo, su significado como fenómeno estético del mundo está en sí mismo justificado. En el artista no hay nada previo, no preexisten las formas, ellas son proyección y transformación de lo caótico, pertenecen a las apariencias que reinan en el ser, en esa voluntad sufriente e intensamente informe. Lo estético tiene origen en lo informe de la existencia humana, el resultado artístico no es un modelo que contenga una forma, es un producto

creado a partir de la apariencia, que carece de un pensamiento moral y racional, el artista concibe, desde sus propios valores, el mundo a partir del dúo razón – sensibilidad.

La transformación que ha sufrido la experiencia creativa también lleva a un cambio en la experiencia contemplativa. El contemplador actual, ya sabe que no va a encontrar belleza, inicialmente la obra le ofrece perplejidad, muchos interrogantes y misterios, para develarlos es necesario buscar en el interior de la apariencia de la obra, el sentimiento que esconden o guardan las formas, colores, sonidos o palabras inexploradas, desconocidas, que hoy el ser humano está aprendiendo a sentir en la piel y a comprender desde la razón sensible. Obras que están mostrando que el hombre vive hoy una revolución de nuevas opciones, en la cual se rompen todos los cánones, las formas y ponen a prueba la sensibilidad inexplorada y temida en el ser humano, esa que lo hace diferente y le permite una existencia afirmativa en experiencia permanente.

El pensamiento estético de Nietzsche, dignificó y le dio seriedad al arte “estoy convencido de que el arte es la tarea suprema y la actividad propiamente metafísica de esta vida” (Nietzsche, 2009, p. 40), de esta forma y a diferencia de los filósofos como Platón y Descartes, ya mencionados, reivindicó al artista y no a la obra de arte, ni al observador entregando juicios estéticos, que en ocasiones pretendían ser universales.

El arte como un estar en el hombre, le permite transformar la vida, hacerla afirmativa, aun sabiendo que vida y sufrimiento son indisociables, pues el dolor hace parte de la naturaleza humana. La función del arte ante el dolor es servir de tonificante para redimir a quien sufre. “Salud y enfermedad no son esencialmente diferentes...No se deben hacer de ellas distintos principios...En realidad, hay entre estas dos formas de existencia solo diferencias de grado” (Nietzsche, 2000, p. 60). La enfermedad estimula, ella muestra desde otra mirada aspectos de la

realidad que con la mirada sana no son perceptibles. La razón por la cual el arte busca darle belleza a la vida, es por ser ella precisamente insoportable; el arte busca idealizarla, llevándola a un plano afirmativo que le permita al ser humano seguir viviendo. Es quizás irónico que el arte parte de una contradicción, pues es desde lo insoportable de la vida que el arte le proporciona nuevas fuerzas al hombre para potencializar la existencia. La contradicción debe existir para que el arte se relacione con la vida y se logre producir una afirmación de ella, manifestada desde lo más íntimo del ser. El arte tiene un carácter altamente productivo desde las mismas descargas vitales que de forma continua se desbordan, haciendo de esa sobreabundancia la característica principal del arte dionisiaco. Lo dionisiaco potencializa la vida, la proyecta, la glorifica y la orienta hacia múltiples oportunidades “a partir de la afirmación del mundo y de la vida, que es posible en virtud de esa energía incontrolable y productiva que posee, en el sentido abarcante, al artista (no que posee el artista)” (De Santiago, 2000, p. 257). El arte como vida afirmativa es un ponerse totalmente de frente ante la vida. En el libro *Nietzsche y la filosofía*, de Deleuze (1998), al hacer referencia a la voluntad de poder que plantea el autor del Zarathustra, se puede observar como ella está asociada a una existencia afirmativa: En el texto del filósofo

“Sabemos en qué consiste lo que Nietzsche llama transmutación, transvaloración: no en un cambio de valores, sino en un cambio en el elemento del que deriva el valor de los valores. La apreciación en lugar de la depreciación, la afirmación como voluntad de poder, la voluntad como voluntad afirmativa” (Deleuze, 1998, p. 240).

En el texto *Crepúsculo de los ídolos*, Nietzsche (2002), afirma: para que se dé la existencia del arte, es indispensable la embriaguez como condición fisiológica, “La embriaguez tiene que haber intensificado primero la excitabilidad de la máquina entera: antes de esto no se da arte ninguno” (p. 96). En el ser humano se produce excitabilidad, la fuerza aumenta y esta a su vez produce una sensación de plenitud.

“Lo esencial en la embriaguez es el sentimiento de plenitud y de intensificación de las fuerzas. De este sentimiento hacemos partícipes a las cosas, las forzamos a que tomen de nosotros, las violentamos, - idealizar es el nombre que se da a ese proceso” (p. 97).

Nietzsche (2002), describe como en el estado de plenitud el artista se llena de abundancia interiormente, la cual le permite reinterpretar su visión del mundo en el instante mismo de la creación. La embriaguez se acrecienta y se transforma en plenitud, entregando, creando, una manifestación de sí mismo. Sin embargo, este filósofo distingue dos estados de embriaguez: la apolínea y la dionisiaca; en el primero “La embriaguez apolínea mantiene excitado ante todo el ojo, de modo que éste adquiere la fuerza de ver visiones” (p. 98). Al segundo estado le da mayor desarrollo y explica de forma más amplia como influye en el artista:

“En el estado dionisiaco, en cambio, lo que queda excitado e intensificado es el sistema entero de los afectos: de modo que ese sistema descarga de una vez todos sus medios de expresión y al mismo tiempo hace que se manifieste la fuerza de representar, reproducir, transfigurar, transformar, toda especie de mímica y de histrionismo. Lo esencial continúa siendo la facilidad de la metamorfosis, la incapacidad de *no* reaccionar (- de modo parecido a como ocurre con ciertos histéricos, que a la menor seña asumen *cualquier* papel). Al hombre dionisiaco le resulta imposible no comprender una sugestión cualquiera, él no pasa por alto ningún signo de afecto, posee el más alto grado del instinto de comprensión y de adivinación, de igual modo que posee el más alto grado del arte de la comunicación. Se introduce en toda piel, en todo afecto: se transforma permanentemente” (p. 98).

Para Gama (2008), el ser humano al contemplar una imagen que acontece en su realidad, vincula esa acción a su intuición y de forma reflexiva determina el orden inevitable de las cosas. El hombre tiene la capacidad de configurar su mundo desde sus deseos más íntimos y genuinos, es por ello que “En la experiencia apolínea el hombre sabe de su realidad, en la experiencia dionisiaca trágica sabe además que él hace parte de esa realidad, en la experiencia de la embriaguez se sabe por fin capaz de transformarla” (p. 99). Partiendo de lo anterior, es posible destacar que todo estímulo es caracterizado por lo que Nietzsche (2002), llama la incapacidad del artista dionisiaco de no reaccionar, esta capacidad expresiva elevada al máximo es a la que este

filósofo denomina “histrionismo dionisiaco” (p. 98). En esos instantes el artista representa e imita de forma inmediata y corporal los estímulos que percibe, pues es capaz de aprender de su sugestión y afectos, y de no reaccionar frente a ellos.

### **El Arte Fuerza que Permite Liberar la Existencia**

Ahora bien, Nietzsche aborda los conceptos de lo bello y lo feo, pero esta vez no asociado directamente al artista, sino, en general al ser humano. Este antagonismo separa la condición de la existencia del hombre y lo puede llevar a crear condiciones de aislamiento. Para este filósofo “Lo bello en sí no es más que una palabra, no es siquiera un concepto. En lo bello el hombre se pone a sí mismo como medida de la perfección; en casos escogidos se adora a sí mismo en lo bello” (Nietzsche, 2002, p. 104). Sin embargo, según Nietzsche el hombre vive encerrado en sus miedos, errores, enfermedades, es una caricatura de sí mismo que desconfía de todo lo bello, pues en su condición de pecador sintiente, las circunstancias que rodean su existencia lo hacen verse miserable, como si sentir la divinidad fuera algo imposible. Mientras está seguro de la belleza que existe en el planeta, “olvida que él es la causa de ella. Únicamente él le da hecho al mundo el regalo de la belleza, ¡ay!, sólo que, de una belleza muy humana, demasiado humana...” (Nietzsche, 2002, p. 104).

Lo bello y lo feo es una creencia popular, sin ser cosas reales. Es para Nietzsche una ingenuidad de los hombres, pues este antagonismo tiene al ser humano como medida, ellas son solo interpretaciones que giran en torno al gusto y al nivel sensorial de cada hombre. Lo feo es para este filósofo, según lo expresa en los *Fragmentos póstumos volumen IV*, la “antítesis de la divina ligereza del bailarín” (Nietzsche, 2008, p. 557). Cuando el ser humano percibe algo feo, ello representa un estado depresivo, de empobrecimiento, de recuerdos negativos

“Lo feo, es decir, la contraposición al arte, lo que está excluido del arte, el No de éste — cada vez, cuando el declive, el empobrecimiento de vida, la impotencia, la descomposición, la putrefacción, se insinúan siquiera desde lejos, el ser humano estético reacciona con su No” (Nietzsche, 2008, p. 557).

Nietzsche interpreta la estética en el hombre como un instinto que le asegura no sólo la autoconservación sino también su propia expansión, debido a la abundancia y a la alta receptibilidad de los estímulos, “la captación subjetiva tanto de lo bello como lo de lo feo tienen al ser humano como punto de referencia, generando al mismo tiempo consecuencias fisiológicas directas sobre él” (Silenzi, 2018, p. 268). El arte les llega sólo a los seres humanos que están dotados de sensibilidad,

“Todo arte actúa como sugestión sobre los músculos y los sentidos que originariamente están en actividad en el ser humano ingenuo de condición artística: el arte no habla nunca más que a los artistas, — habla a esta especie dotada de un cuerpo de fina excitabilidad... Todo arte produce un efecto *tónico*, aumenta la fuerza, enciende el placer (es decir, el sentimiento de fuerza), excita todos los más finos recuerdos de la ebriedad, — hay una memoria propia que desciende en tales estados: cuando eso sucede un mundo de sensaciones lejano y fugaz retoma...” (Nietzsche, 2008, p. 557).

Partiendo del hecho de que la función primordial del arte es romper la monotonía de la existencia humana, es posible citar el texto de Cofre-Lagos (1991),

(...) Lo que llamamos arte –escribe- existe precisamente para restaurar la experiencia inmediata de la vida, para hacer sentir las cosas, para hacer a la piedra pétrea. La meta del arte es transmitir la experiencia inmediata de una cosa como si se viese y no como si se reconociese; el mecanismo del arte es el de “extrañar” las cosas, es el mecanismo de la forma obstruyente que alarga la dificultad y la extensión de la percepción, pues en arte el proceso de percepción está orientado a sí mismo y tiene que prolongarse; el arte es un medio para llegar a saber cómo se hacen las cosas, ya que en arte las cosas hechas no son relevantes (p.90).

Un aspecto característico de la pintura es que ella desde de lo ordinario y cotidiano, crea un lenguaje poético que transmite la experiencia de alguna cosa como si se viese; la armonía visual, que para el lenguaje cotidiano es irrelevante, hace que los significados de los colores no sean los habituales, generando dificultad y extendiendo el tiempo de la percepción, como lo

menciona Cofre-Lagos, (1991), “La vista, el tacto, el oído, el movimiento –escribe-, nos inducen, pues, de tanto en tanto, a demorarnos en la sensación, a actuar para acrecentar la duración o la intensidad de sus impresiones” (p. 91), haciendo de la sensación del color algo que tienda a prolongarse, rompiendo con la percepción monótona, materialista y utilitaria de la existencia humana. Cuando el artista, en las diferentes áreas, rompe la tradición artística y se aleja de las normas dominantes, que lo obligaron a no mostrar sus sensaciones y las reemplaza por las expresiones de su ser, la obra adquiere coherencia artística y retoma nuevamente su función estética.

Hoy es claro que la estética no solo estudia la belleza, ella es solo una dimensión más, apoyados en el pensamiento de Danto (2013), es posible decir que la estética además de lo bello se ocupa de las formas de distribución que conforman la obra y las razones que tienen cada una de ellas para estar allí y poder entregar un significado al observador. La estética dejó de ser un placer visual, es la confrontación del artista con su realidad y ello obliga al binomio artista-observador a vivir con mente abierta, la expresión artística es la forma superior del pensamiento humano. En palabras de este filósofo “la estética no es en realidad sino un medio para alcanzar objetivos artísticos” (p. 148).

Para Barelli (2017), Nietzsche en el texto *El nacimiento de la tragedia*, muestra su concepción de lo dionisiaco en el plano estético y ontológico – metafísico, “se trata de lo dionisiaco en relación con lo apolíneo, dos fuerzas o potencias artísticas, antagónicas, procedentes de la naturaleza” (p. 48). En el *ensayo de autocrítica* (incluido en dicho texto), asegura: “nuestra suprema dignidad la tenemos en significar obras de arte - pues solo como fenómeno estético están eternamente justificados la existencia y el mundo” (Nietzsche, 2009, p. 69). Posteriormente en 1878, Nietzsche (2021), publicó *Humano, demasiado humano*, en este

libro da un giro antimetafísico, allí se evidencia una separación, una fractura respecto al planteamiento anterior, que tanto había venerado, “ha tenido lugar una ruptura: lo dionisiaco deja de ser representado en dependencia de una instancia metafísica” (Barelli, 2017, p. 48). Esta obra alcanza una dimensión que busca en el hombre el acceso “al en-sí del mundo” (Barelli, 2017, p. 49) y en el aforismo 222, Nietzsche explica porque desde su análisis el arte tiene un valor mayor a ciertas hipótesis metafísicas de su época:

“Tiene el arte un valor mucho más grande que ciertas hipótesis metafísicas, por ejemplo, si se admite la creencia de que el carácter es inmutable y que el ser del mundo se repite perpetuamente en todos los caracteres y en todas las acciones: en este caso, la obra del artista viene a ser la imagen de lo *eternamente estable*, mientras que, en nuestro concepto, el artista no puede jamás dar a su imagen valor sino para cierto tiempo, por que el hombre, en general, es el producto de una evolución y está sujeto a cambios, y el individuo no es nada fijo ni duradero. Lo mismo pasa en la otra hipótesis metafísica: suponiendo que nuestro mundo visible no fuese más que una apariencia, como admiten los metafísicos, el arte vendría a colocarse demasiado cerca del mundo real, pues entre el mundo de la apariencia y el mundo del sueño habría en este caso demasiada semejanza, y las diferencias que quedarán realizarían más la importancia del arte que la importancia de la naturaleza, porque el arte expresaría las formas idénticas, los tipos y los modelos de la Naturaleza. Pero tales hipótesis son falsas; ¿qué lugar, después de esta consideración queda al arte? Antes que todo, ha, durante millones de años, enseñado a conquistar con interés y gozo la vida bajo todas sus formas y a embellecer la vida. Esta teoría del arte embelleciendo la existencia y la de mirar la vida humana como un pedazo de la naturaleza, esta teoría ha echado raíces en nosotros y se presente al sol como una necesidad todopoderosa de conocimiento. se podría abandonar el arte sin que se perdiera la facultad recibida de él del mismo modo que se ha abandonado la religión, pero no los transportes del alma conquistados gracias a ella. Así como el arte plástico y la música miden la riqueza de sentimientos realmente conquistada y ganada por la religión, así también, después de una desaparición del arte, la intensidad y la multiplicidad de los goces de la vida que él ha implantado pedirían aún reconocimiento” (Nietzsche, 2021, p. 165-166).

El giro del pensamiento de Nietzsche en Humano, demasiado humano, muestra la fuerza natural y artística que le permite al hombre liberar y encarnar el estado cotidiano del devenir, accediendo de esta forma al secreto vacío de la vida, a vivirla siendo consciente de su sin sentido, “La llamada verdad o conocimiento dionisiaco nos provee de dicha revelación sobre la esencia del mundo” (Barelli, 2017, p. 70).

Para Nietzsche (2008), el instinto nace de la repetición, es un proceso que se da con el tiempo y finalmente este lleva a la experiencia. Está directamente relacionado con la memoria asociada a las actividades corporales y termina siendo el resultado del desarrollo fisiológico, “Los instintos son el resultado en conjunto de procesos internos orgánicos y de la memoria orgánica. La autorregulación del cuerpo extrae lo principal de cada acontecimiento, destaca lo decisivo para el ser humano, dejando lo secundario de lado” (Silenzi, 2018, p. 280). El mecanismo de extracción de los principales rasgos realizado por el artista es el resultado de las múltiples experiencias, las repeticiones y finalmente la selección, el cual, según Nietzsche (2008), es el proceso de autorregulación, de idealización al instinto, que realiza el cuerpo de forma inconsciente y automática.

“lo *bello* está dentro de la categoría general de los valores biológicos de lo útil, lo benéfico, lo que acrecienta la vida: pero de manera tal que una cantidad de estímulos que de muy lejos recuerdan y se ligan con cosas y estados útiles nos dan el sentimiento de belleza, es decir de aumento del sentimiento de poder (— no sólo cosas, por lo tanto, sino también sensaciones que acompañan esas cosas o sus símbolos)” (p. 353).

Para Nietzsche (2002) existen dos verdades sobre los cuales descansa la estética: “Nada es bello, sólo el hombre es bello: sobre esta ingenuidad descansa toda estética, ella es su primera verdad. Añadamos enseguida su segunda verdad: nada es feo, excepto el hombre que degenera” (p. 105); ambas están estimadas fisiológicamente. Lo bello sube lo feo, aquello que debilita, genera impotencia y hace que el hombre pierda energía, “su voluntad de poder, su coraje, su orgullo – todo eso baja con lo feo, sube con lo bello” (Nietzsche, 2002, p. 155), lo bello asegura el aumento de las fuerzas y le justifica la realidad de la existencia.

Nietzsche (2021), en el aforismo 149 de su obra *Humano, demasiado humano*, se refiere a la belleza como una lucha lenta, no impetuosa, que termina de forma inadvertida generando sensaciones más allá de la razón:

“*La lucha lenta de la belleza*: La belleza más no es la que nos deslumbra instantáneamente, la que nos seduce por asaltos tempestuosos y embriagadores (que fácilmente llega a disgustar), sino aquella que se insinúa lentamente, la que uno lleva dentro de sí en el pensamiento, y que un día, soñando se vuelve a ver delante, y que, por fin, después de haberse modestamente circunscrito en nuestro corazón, toma posesión completa de nosotros, llena nuestros ojos de lágrimas y nuestro corazón de deseo” (Nietzsche, 2021, P. 129).

Castro (2008), en su artículo *Interpretación nietzscheana del fenómeno estético* muestra las reflexiones de Nietzsche sobre la sensibilidad como fuerza que permite liberar la existencia y la embriaguez como disposición por grandeza creativa. Estas fuerzas unidas permiten sentir la vida y ver en el ser humano no solo la belleza sino también sus contradicciones. La estética le da valor a la existencia y permite sentir la existencia como un acto vital.

“El arte, y la vida misma como arte, no puede estar sometido más a la razón y a la religión, porque no hay una meta ni un objetivo final trascendentes. El principio y fin están en el hombre que se autoposee una y otra vez en un eterno retorno hacia su fuerza esencial, o fuerza creativa. Este ir y venir que revela al hombre también posibilita que las cosas manifiesten lo que son” (Castro, 2008, p. 22).

Para Castro (2008), el papel que tiene el arte en la nueva posición de los valores de Nietzsche es fundamental, este está directamente relacionado el poder de crear. El artista tiene voluntad de crear, es quien asume la tarea metafísica de la existencia humana, pues es quien asume la decisión de decir a lo sensible: sí. Como ser corporal, el ser humano tiene una cualidad indiscutible, sentirse, para crear y recrear. Es así como la embriaguez contraria al cansancio, le entrega fuerza y sobreabundancia de vida. El lado oscuro de la existencia lo embellece el arte, permitiéndole al ser humano trascender y fundarse en armonía con la naturaleza.

Es normal que se piense que la obra de arte sea el resultado de la improvisación, cosa que no es correcta, de forma clara Nietzsche (2008), en *Fragmentos póstumos volumen II*, muestra que esto solo lo hacen los imitadores, los artistas que se apropian de su creatividad y desde su instinto crean,

“Se sobrevalora en los artistas la improvisación constante, que justamente es los artistas más originales no existe, sino más bien en los imitadores que reproducen las cosas a medias...Pero los propios artistas desean que lo que más se valore en ellos sea lo instintivo, lo divino, lo inconsciente, y, cuando hablan de este asunto, no exponen los hechos de modo fidedigno” (p. 344).

En muchas ocasiones esa habilidad que tiene el artista de producir se suspende, pero luego sin trabajo previo se desborda súbitamente, sin que ello sea improvisación, es nuevamente el reflejo de ese cúmulo de sensaciones “que produce la ilusión conocida, en cuyo mantenimiento, como he dicho, están interesados los artistas. El capital no ha hecho más que acumularse, no ha caído del cielo una vez más” (Nietzsche, 2021, p. 132).

El ser humano a lo largo de los años, debido a los valores impuestos, se ha negado a vivir haciendo uso de su capacidad de sentir. La vida desde solo el uso de la razón se ha convertido en una tragedia, se le da más valor a la posibilidad remota de una vida eterna que a la existencia real. Para Nietzsche es necesario que el ser humano renueve la fuerza vital que rige su existencia, esto lo expone en su libro *La gaya ciencia*, cuando muestra la postura que asume el loco, ese que sale en la búsqueda de Dios y descubre que nadie a su alrededor sabe dónde encontrarlo, nadie sabe dónde está. El loco le muestra al hombre su incapacidad de responder donde está Dios, ese que es su soporte y la razón de todo lo que existe: “¡Dios ha muerto y nosotros somos quienes lo hemos matado” (Nietzsche, 2013, p. 186), y ahora ¿qué va hacer el hombre?, tiene dos alternativas, la primera es seguir caminando hacia el aburrimiento y hacia el cansancio hasta lograr su propia destrucción u optar por la segunda, reconocer la existencia del dúo razón – sensaciones, una realidad que le permitirá encontrar la voluntad para cambiar sus valores, darle luz a la oscuridad de su existencia y permitirse ser artista, vivir su existencia como una obra de arte, crear y trascenderse a sí mismo hasta fundarse en armonía a la vida misma. Lo instintivo, lo divino y lo inconsciente produce en el artista más sobreabundancia de vida, más fuerza tendrá para crear y

embellecer el tiempo de su existencia, “sentimientos de sobreabundancia divina en el artista deben salir a la luz” (Nietzsche, 2010, p. 356), la improvisación no existe en el artista consciente. Lograr el equilibrio del dúo razón – sensibilidad le da al ser humano la oportunidad inmensa de potencializar al máximo su realidad.

Según Nietzsche (2010), en su texto *Fragmentos póstumos volumen I*, el artista, durante su proceso de creación, “requiere un estar fuera de sí” (p. 95), de esta forma no volverá hacer el mismo después de ella. Ese drama interno quedará plasmado en la obra, la cual termina siendo creada desde el desprendimiento; haciendo de “el arte, como fiesta de júbilo de la voluntad, es el más fuerte seductor de la vida” (p. 98).

A manera de conclusión, en este capítulo se conceptualizó el arte como una característica fundamental del ser humano durante toda su existencia y como la vida por sí misma es afirmativa y el arte a su vez es la experiencia de la existencia. Su reproducción constante de apariencias, desde la vida nómada en las cavernas hasta hoy, muestra que su devenir nunca termina, su mundo vive en permanente autoreproducción, destruye y construye, agitando sin tregua ese devenir donde nacen y mueren sin tregua las apariencias. El mundo como fenómeno, ofrece una descarga de imágenes proyectadas desde las apariencias, el resultado de esta naturaleza estética es la obra de arte, la cual no entrega estabilidad, ella por si misma es inestable, es el inicio de un proceso de auto reinterpretación de las sensaciones del artista embriagado de su realidad vital

El ser humano está regido por leyes específicas, por principios lógicos orientados a ordenar las cosas y los acontecimientos, que tienen como objetivo comprender el mundo que lo rodea. La comprensión de los entes reales que permiten comprender el mundo, es a lo que normalmente se llama realidad. Desde la filosofía del arte es posible asegurar que no solo el hombre tiene la capacidad para entender el mundo a partir de la lógica, también, desde la

sensibilidad es posible identificar que el ser humano posee conciencia emocional, la cual no es independiente la razón lógica, este dúo, razón-sensaciones, le permiten al artista crear obras como expresión de su realidad, amarradas a ese instante de existencia vivido desde su sensibilidad.

Desde las consideraciones expuestas en el capítulo, es posible evidenciar que desde el dúo razón-sensaciones, el hombre produce arte a partir de lo real que es: una vida afirmativa. Entregándose la oportunidad de lograr que su existencia tenga esencia, que su ser ahí, este por algo y para algo, con ello su forma de vida será placentera.

El artista transmuta sus valores débiles hasta volverse referente de su propia existencia; desde la singularidad, extermina la debilidad, para referenciar su existencia en la colectividad como un estar en el mundo. En la individualidad el artista crea hábitos que le generan alegría, no como decreto sino como forma de vida. Evoluciona de forma individual, interna y externamente, para crearse desde lo real, haciendo uso del dúo logos-sensaciones, que él es. Nietzsche no pretende asegurar que la interpretación de la realidad sea verdadera, muestra que la creación artística es una forma referencial del ser humano, ella desde el instante mismo de creación, es un simulacro de energía vital que vigoriza el ser.

El arte como forma de transfiguración de la vida, deja de ser una imitación de la naturaleza o una simple forma de reproducir la realidad. El proceso de transfiguración le ofrece al hombre el tránsito hacia una voluntad de creación y desde ella caminar hacia una vida en libertad. El exceso de descargas vitales le permiten al ser humano transformar-se y reorientar-se hacia la voluntad, convirtiendo está en creación, en una voluntad de poder: arte.

El arte como forma de existencia es algo afirmativo, positivo y deseable, es una forma que encontró el hombre para comprender el mundo. Este a partir de la ilusión engendra en sí una

actividad positiva, que para Nietzsche (2010), “no se disuelve mediante lo lógico” (p. 110). Este no se aleja de la vida, la posibilita, la afirma, le permite manifestarse desde el drama que es ella misma. El apego del arte a la ilusión es la “Única posibilidad de la vida: en el arte. De lo contrario alejamiento de la vida” (p. 111).

El arte pretende darle belleza a la vida, por ser ella precisamente insoportable; el arte busca idealizarla, llevándola a un plano afirmativo que le permita al ser humano seguir viviendo. Es quizás irónico que el arte parte de una contradicción, pues es desde lo insoportable de la vida que el arte le proporciona nuevas fuerzas al hombre para potencializar la existencia. La contradicción debe existir para que el arte se relacione con la vida y se logre producir una afirmación de ella, manifestada desde lo más íntimo del ser.

### El Arte Como Estructura de Voluntad

El artista a partir de la libertad  
de la voluntad de poder  
construye libremente  
instantes de existencia donados.

(Pulgarín)

Se vive en medio de un sentimiento de incompletud, el cual genera en el artista precariedad, frustración, miedos y fobias, estos le roban totalmente la tranquilidad existencial. Es por lo anterior, que no se siente identificado con la sociedad ni con su función como individuo. El ser humano busca experimentar sensaciones intensas y placenteras, para evitar el dolor y el displacer. El principio del placer que plantea Freud (2017), muestra que la felicidad surge en el instante en que se satisface una necesidad, en ese momento se logra una elevada atención, es un tibio y corto bienestar, con alto grado de éxtasis. El ser humano no goza de lo estable, es la propia constitución del hombre el que limita la felicidad y solo le permite disfrutar con alta intensidad el contraste.

La pintura como expresión artística afirma la dignidad humanidad, ella es el resultado de un estallido de emociones. La obra no entrega pensamientos, ella desde la estética es en sí misma una fuerza expresiva de alta agudeza externa. Los sentidos no solo le permiten al ser humano una comunicación con lo que lo rodea, sino que también le permiten construir pensamientos, pues ellos tienen la capacidad de producir en el sujeto efectos psicológicos, por lo que es posible decir que el hombre crea desde los sentidos.

El objetivo específico de este capítulo es *Interpretar la noción de arte como estructura de voluntad*, el mundo como apariencia le ofrece al hombre la oportunidad de liberar su voluntad creadora, lo puede usar como medio para producir por medio de él obras en las cuales le es

posible contemplarse y entregarlas para que otros puedan hacerlo, pues el arte como voluntad es el máximo logro del placer hecho voluntad de creación.

El artista experimenta la sensación de gozo, de afirmación, de máxima plenitud, es en sí el crecimiento de sus fuerzas internas. La idealización hace referencia al estado interno del artista, a su individualidad. Nietzsche busca darle claridad al significado de idealizar, entregado hasta ese momento por la tradición filosófica al arte.

“Desprendámonos aquí de un prejuicio; el idealizar no consiste, como se cree comúnmente, en un sustraer o restar lo pequeño, lo accesorio... En este estado uno requiere todas las cosas con su propia plenitud: lo que uno ve, lo que uno quiere, lo ve henchido, prieto, fuerte, sobrecargado de energía. El hombre de ese estado transforma las cosas hasta que ellas reflejan el poder de él, - hasta que son reflejos de la perfección de él. Este tener-que-transformar las cosas en algo perfecto es – arte” (Nietzsche, 2002. p. 97).

Según Nietzsche (2002), el arte es gozo, afirmación, placer en sí, que le permite al artista disfrutarse a sí mismo como perfección, pues “Hasta su conciencia llega sólo lo universal” (p. 95), pues de no ser así, el resultado de la obra sería “algo turbulento, de colores chillones” (p. 96). Es en el cuerpo del artista que se da la idealización de forma natural, es algo instintivo, por ello Nietzsche muestra “que su concepto de idealización no guarda relación alguna con la tradición metafísica y, por el contrario, dicho proceso de extracción es ejecutado por el cuerpo sin obedecer a una voluntad o unidad consciente” (Silenzi, 2018, p. 266).

En este capítulo se pretende interpretar la noción de arte como estructura de voluntad, desde tres estados: la voluntad de poder como fuerza creadora de arte, la voluntad de poder como libertad y la voluntad como poder desde el sujeto observador. El artista desde su excitabilidad coloca un velo sobre su realidad, de tal forma que el arte genera artificiosidad y algo de impureza en el pensamiento, esconde y revela, es un estado de embriaguez artística. La oscuridad es necesaria para aclarar y para embellecer, ese velo de embriaguez es lo que hace soportable la existencia humana. El arte produce en la vida goce y tranquilidad provisional, es una descarga de

paliativos que llevan a la acción y aumentan la voluntad. El controlado estado apolíneo es inundado por el estado dionisiaco, desenfrenado, es en ese momento que su mundo se pone al descubierto, se desestructura para volver a construirse y mostrar su real mundo, en ocasiones sensible y en otras terrible. De esta forma el artista aparece una fuerza que lo invita a renacer, a desbocarse en emociones y sensaciones, la voluntad de poder, ella no solo produce gusto, sino también la configuración del deseo del eterno retorno.

### **La Voluntad de Poder Como Fuerza Creadora de Arte**

Cada artista, crea, simboliza y entrega plasmado su mundo a partir de su realidad, en un objeto llamado, obra. Si bien, el punto inicial para la creación artística es la realidad, su resultado termina siendo una construcción espiritual, coherente e intensa de su vida cotidiana, quien a través del dúo razón-sensaciones deja en el objeto-obra la reinterpretación de la realidad que sirvió de base para su creación. La obra, finalmente es construida en un mundo de coherencia al sentir y reinterpretar el mundo real, espacio-tiempo, en el que vive el artista.

El arte le permite al hombre desarrollar su instinto natural. Este forma parte de la existencia, allí se anida una gran fuerza creadora, desde la cual se puede apreciar la dinámica de los objetos que se reflejan en la obra, este estado de embriaguez natural lleva a la excitación, a querer sanear apetitos fuertes de plenitud desprendiéndose el hombre así de sus prejuicios.

En la obra *Fragmentos póstumos volumen III*, Nietzsche (2010), manifiesta que el arte lo produce el hombre desde la coexistencia de sus estados apolíneo y dionisiaco, es una forma de sentir su razón y le abrirle espacio a su razón sensible, a sus sentidos, para que el ser ahí asuma la existencia desde abismos oscuros que entregan una visión del mundo consecuente con su deseo de vida afirmativa, “...los artistas no se han salido de la gran pista por la que va la vida, han amado las cosas de este mundo, -han amado los sentidos” (p. 817). Rendirse ante la posibilidad

de la vida afirmativa que entrega el arte, es asumir la voluntad de vivir en plenitud. “Lo que es esencial en el arte es su perfeccionamiento de la existencia, su provocar, la perfección y la plenitud; el arte es esencialmente la afirmación, la bendición, la divinización de la existencia” (Nietzsche, 2006. p. 544).

En el texto *fragmentos póstumos volumen IV*, Nietzsche (2008), manifiesta que el artista es un ser que afirma la vida y sus cualidades le permiten ser un humano superior, “el artista pertenece a una raza todavía más fuerte. Lo que para nosotros ya sería nocivo, lo que para nosotros sería enfermizo, en él es naturaleza” (p. 558). Para este filósofo, el artista se desarrolla en medio de estados excepcionales, ellos son finalmente los que lo condicionan. Los estados fisiológicos que le son afines al artista son tres: el primer estado fisiológico que está presente en el proceso de creación es “la ebriedad: el acrecentado sentimiento de poder; la íntima necesidad de hacer de las cosas un reflejo de la propia plenitud y de la propia perfección” (p. 593). El segundo estado fisiológico hace referencia a la capacidad que tiene el artista de comprensión y adivinación, lo llamó:

“la *extrema agudeza* de ciertos sentidos: de manera que comprenden — y crean — un lenguaje de signos enteramente diferente... el mismo que parece relacionado con varias enfermedades nerviosas — la extrema movilidad, que se convierte en una extrema comunicatividad; el querer hablar de todo aquello que sabe dar signos... una necesidad de, por así decirlo, liberarse de sí mismo mediante signos y gestos; la capacidad de hablar de sí mismo a través de cien medios lingüísticos... un estado *explosivo* — hay que imaginarse ese estado ante todo como una constricción y un impulso a liberar la exuberancia de la tensión interna mediante todo tipo de trabajo muscular y de movilidad” (p. 593).

El tercer estado fisiológico es: “el tener que imitar: una irritabilidad extrema, en la cual un modelo dado se comunica contagiosamente”. Para Nietzsche el primer estado fisiológico es fundamental para la creación artística y entiende los otros dos como sus derivaciones; en su libro *Crepúsculo de los ídolos* lo ratifica con el siguiente texto: “...Para que haya arte, para que haya

algún hacer y contemplar estéticos, resulta indispensable una condición fisiológica previa: la embriaguez...” (Nietzsche, 2002, p. 96).

Para Nietzsche, no es posible distinguir al artista durante el proceso de creación de la obra, el sujeto desaparece, no hay una esencia de las apariencias, ellas son una descarga de fuerzas inconscientes. Vivir en una multiplicidad de pulsiones, genera un devenir cambiante que obliga al hombre a destruirse y crearse, es una constante transformación: “Un regenerarse y un perecer, un construir y destruir sin justificación moral alguna, sumidos en eterna e intacta inocencia, sólo caben en este mundo en el juego del artista y en el del niño” (Nietzsche, 2003, p. 68). La vida como actividad artística, es capacidad de simbolizar en medio de ausencia de formas y límites, es la fuerza de voluntad la que produce la transformación, la que da forma y termina produciendo la figuración. Es la interpretación de las pulsiones y sus múltiples afectos las que le dan vida a la ontología estética. Heidegger (2000), dice: “sabemos que la voluntad de poder es esencialmente creación y destrucción. Que el acontecer fundamental del ente sea «arte» no quiere decir otra cosa que: es voluntad de poder” (p. 77), y es que si a la voluntad, esa que produce y eleva el poder, se le añade la fuerza interior, el accionar de este dúo produce en el hombre un instinto creador, esa fuerza precede a las formas y termina haciéndolas posible.

“La meditación sobre el arte es, entonces, la consideración de la fuerza que se manifiesta, la fuerza que aparece e interpreta. El mundo, en tanto que voluntad y apariencia, desde la perspectiva de la voluntad de poder, no es una única voluntad que proyecta sin cesar imágenes, sino una pluralidad de fuerzas o voluntades, cuya tendencia es también representación, la apariencia...La relación de las fuerzas produce diversas interpretaciones o perspectivas en el mundo” (Nietzsche, 2004, p. 13).

El arte como un estar en el hombre, le permite transformar la vida, hacerla afirmativa, aun sabiendo que vida y sufrimiento son indisolubles, pues el dolor hace parte de la naturaleza humana. La función del arte ante el dolor es servir de tonificante para redimir a quien sufre.

“Salud y enfermedad no son esencialmente diferentes...No se deben hacer de ellas distintos principios...En realidad, hay entre estas dos formas de existencia solo diferencias de grado” (Nietzsche, 2000, p. 60). La enfermedad estimula, ella muestra desde otra mirada aspectos de la realidad que con la mirada sana no son perceptibles. La razón por la cual el arte busca darle belleza a la vida, pues ella es precisamente insoportable, es por ello que el arte busca idealizarla, llevándola a un plano afirmativo que permita seguir viviendo. Es quizás irónico que el arte parte de una contradicción, pues es desde lo insoportable de la vida que el arte le proporciona nuevas fuerzas al hombre para potencializar la existencia. La contradicción debe existir para que el arte se relacione con la vida y se logre producir una afirmación de ella, manifestada desde lo más íntimo del ser. El arte tiene un carácter altamente productivo desde las mismas descargas vitales que de forma continua se desbordan, haciendo de esa sobre abundancia la característica principal del arte dionisiaco. Lo dionisiaco, no solo potencializa la vida, la proyecta hacia múltiples posibilidades, haciendo del arte como vida afirmativa un ponerse totalmente de frente ante la vida. “a partir de la afirmación del mundo y de la vida, que es posible en virtud de esa energía incontrolable y productiva que posee, en el sentido abarcante, al artista (no que posee el artista)” (De Santiago, 2000, p. 257).

La base metafísica en la que Nietzsche se apoya para trabajar la conexión entre lo apolíneo y lo dionisiaco es la relación que existe entre la vida y el arte. La cual es una relación directa, la vida le da origen al arte y el arte le entrega horizontes a la vida, de tal forma que se crea un círculo vicioso, “el arte se fundamenta en la vida, pero de tal manera que fundamenta la vida misma” (De Santiago, 2000, p. 247). Surge la pregunta: ¿es el arte en este caso una descarga positiva que revitaliza y potencializa la vida?, retomando el pensamiento de Nietzsche, el arte considerado como forma para transfigurar el mundo del ser humano, haciendo uso de los estados apolíneo y dionisiaco como dos fuerzas artísticas, el ser humano podrá lograr desde la creación la

entrega afirmativa ante su existencia, para el filósofo alemán la vida es un trascender, una fuerza creadora que actúa en búsqueda de un sentido pleno:

[...] tampoco somos nosotros los auténticos creadores de ese mundo de arte: lo que sí nos es lícito suponer de nosotros mismos es que para el verdadero creador de ese mundo somos imágenes y proyecciones artísticas, y que nuestra suprema dignidad la tenemos en significar obras de arte - pues sólo como *fenómeno estético* están eternamente *justificados* la existencia y el mundo [...] (Nietzsche, 2004, p. 69).

Arrocha (2009), en su artículo: *Arte, Mito y Voluntad de poder en F. Nietzsche*, manifiesta que en Nietzsche la voluntad de poder conduce hacia un vivir en plenitud. Es un desprenderse cuyo único objetivo es crear sin fin y sin fines. Es una fuerza que se transfigura en belleza y en su voluntad estética fija formas no contenidos, haciendo que el saber del artista se anticipe, preceda y a la vez posibilite el saber filosófico.

Para Arrocha (2009), en el mundo del artista la voluntad de poder, planteada por Nietzsche, es la que lo lleva a crear a partir de la pluralidad de fuerzas y voluntades fuertes. Es la fuerza antagónica al quehacer moral, pues ella en su condición estética fija formas y no contenidos, hasta transfigurarse en belleza. El arte desde la voluntad de poder le permite al artista vivir en libertad.

La voluntad en sí es primariamente un movimiento que se piensa en el curso de su propia actualización. Su potencia de actuar es el movimiento propio de su fuerza creadora que consiste en la elevación de su experiencia empírica en existencia artística. La tarea del artista es al mismo tiempo potenciación y desvelamiento de la fuerza interna que le susurra y habla a su cuerpo como si este en su conjunto fuese un oído. La "voluntad en sí" es una fuerza inmanente que se despliega como un ejercicio no consciente que reafirma su condición de ser en el juego indefinido de la vida como creación (p. 171).

Del pensamiento de Nietzsche es posible entender como los artistas han activado en los hombres los sentidos para experimentar lo que cada uno mismo es y quiere ser por sí mismo. El artista en muchas ocasiones necesita un alejamiento social para acercarse a sí mismo, de esa forma su espíritu libre, inquieto y combativo, inicia el infatigable que hacer creativo. Este en su

proceso destructivo y constructivo de conceptos y valores vive “Una actitud de juego por excelencia con el propio ser y con las cosas del mundo” (Aldonati, 2017, p.17) que lo rodean. El artista termina alejándose de las cosas serias de la vida y se abre a “un espacio para que la risa inocente del niño introduzca horizontes nuevos” (Aldonati, 2017, p.17). Todos los seres humanos llevan adentro un niño, un espíritu libre que lucha por salir y vivir desde lo útil al instinto. Ese que saca a los hombres de la cotidianidad y lo pone en escena, en la escena más importante: ante sí mismo, como inicio de un sentir en libertad cada instante de vida. Contemplar la existencia desde una actitud de libertad es hacer de cada instante un eterno retorno.

Inicialmente, la voluntad de poder desordena las emociones apolíneas, las acerca al sujeto para mostrarle que ellas no son leyes o normas estables ni tampoco son eternas. Está explosión desordenada le abre las puertas al mundo dionisiaco, hasta ahora oculto, lo expone para que desde ese nuevo desorden interno interprete la validez de lo que es, de su experiencia como ser ahí.

Para Nietzsche cuando la voluntad es fuerte, se la llama: voluntad de poder; pues ella es en sí misma el acto de producir y siempre dinámica, pues va más allá de conformarse a un objeto o concepto de modo estático o absoluto. Primero que todo ella es un movimiento que se produce en el curso de su propia acción, lo cual permite potencializarla en una acción propia como fuerza creadora y sus acciones producen alegría. Para este pensador la voluntad de poder es una fuerza que se despliega y reafirma el juego permanente e indefinido de creación artística. Nietzsche (2005), hace referencia a esto de la siguiente forma:

“La aspiración a la libertad de la voluntad, entendida en aquel sentido metafísico y superlativo que, por desgracia, continúa dominando en las cabezas de los semiinstruidos, la aspiración a cargar uno mismo con la responsabilidad total y última de sus propias acciones, y a descargar de ella a Dios, al mundo, a los antepasados, al azar, a la sociedad...La voluntad no libre es mitología: en la vida real no hay más que voluntad fuerte y voluntad débil” (p. 45 - 46).

La filósofa María Barelli (2017), en su artículo: *Transformaciones de lo dionisiaco: un análisis sobre el giro de Nietzsche en Humano, demasiado humano*, pone a dialogar dos obras del pensador alemán: *El nacimiento de la tragedia* y *Humano, demasiado humano*. En este se puede observar como avanzó el pensamiento de este filósofo hacia el profundo autoconocimiento y la realidad, a diferencia con el pensamiento filosófico de épocas anteriores. Nietzsche muestra como el autoconocimiento es el camino para las nuevas prácticas filosóficas. Durante el recorrido por los dos textos, se evidencia el giro antimetafísico del pensador en su obra *Humano, demasiado humano*, hacia lo fisiológico, el cual modifica el centro de su concepción del estado dionisiaco mostrado en el *Nacimiento de la tragedia*, en cuanto a vocabulario y contexto del problema, pero no la idea de un conocimiento que acerca a la felicidad y allana el espacio cognoscible.

Los textos nietzscheanos analizados en el presente trabajo nos permiten leer signos de una nueva simbólica sobre la alteridad irreductible que acompaña la existencia humana. Aun cuando el hombre se distraiga o fabule entornos amigables, habita un mundo que siempre estará atravesado por el carácter de lo ignoto. No escapar a esa alteridad sino nombrarla, pensarla, problematizarla con vistas a una configuración del individuo que la tome como parte constitutiva de su devenir vital, entendemos que se halla entre los intereses más preciados del filósofo alemán (Barelli, 2017, p. 71).

La voluntad de poder como expresión artística, es la capacidad de crear algo, es la voluntad en sí misma la que hace que el artista vaya más allá de él mismo; voluntad de poder es un ir más allá de sí, haciendo de la voluntad como voluntad un querer ir más allá manteniendo su esencia se acrecienta el poder. El arte conecta la vida cotidiana del hombre con su mundo sensible, haciendo que la actividad artística sea la máxima expresión posible de la voluntad de poder. Nietzsche relaciona el cuerpo y la sensibilidad como la revelación del sí mismo. Es la voluntad de poder lo que caracteriza al ente, debido a que ella lo es todo: es el devenir.

### **La Voluntad de Poder Como Libertad**

La filosofía de Nietzsche no está orientada a una pregunta por la vida en sí, en su lugar se pregunta por la razón en la vida, entendida como un proceso, un devenir, construir, crear y

destruir, la vida es la instancia más cercana a lo afirmativo, a lo dionisiaco. Ese impulso creador llena al hombre de voluntad de poder como algo vivo y dinámico, le afirma la existencia y lo abre a sentir el eterno retorno. El mayor acontecimiento que consume la vida del artista es la esencia del arte. Otros filósofos también han entendido la vida como una fuerza creadora, pero no como el dúo que presenta Nietzsche estético-artístico. Es el caso de Dilthey, para quien “el arte era una exteriorización de la vida entre otras, que se define en el marco de la triada hermenéutica de vivencia, expresión y comprensión como objeto de las ciencias del espíritu” (De Santiago, 2000, p. 245).

El Nietzsche adulto se aleja del pensamiento metafísico del arte y asocia el juicio estético a cuestiones netamente fisiológicas, esto resulta lógico si observamos que la voluntad de poder es una de las columnas de su pensamiento, es por ello que su juicio estético es un reflejo del incremento o disminución de la fuerza del ser humano “su voluntad de poder, su coraje, su orgullo – todo eso baja con lo feo, sube con lo bello” (Nietzsche, 2002, p.105). Existe entonces una relación entre el juicio estético y el nivel psicológico en el hombre, el cual le permite a los seres humanos disfrutar de la existencia, pues ni lo feo ni lo bello existen realmente, ellos están referenciados a la interpretación que hace cada ser humano del mundo. Es por ello que para Nietzsche la plenitud interior depende completamente del estado psicológico de cada individuo, un estado depresivo disminuye las fuerzas, mientras que un estado afirmativo permite una interpretación, transformación y manifestación bella de la realidad. En un fragmento póstumo escrito en el otoño de 1887, Nietzsche (2008), hace referencia al juicio estético de la siguiente forma:

“Sobre el surgimiento de lo *bello* y lo *feo*. Lo que nos *repugna* instintivamente, estéticamente, una larguísima experiencia se lo ha mostrado al hombre como algo nocivo, peligroso, que merece desconfianza: el instinto estético que de pronto habla...contiene un *juicio*... Todos los juicios del instinto son *cortos de vista* respecto de la cadena de consecuencias: aconsejan qué hay que hacer

*de inmediato*. El entendimiento es esencialmente un *aparato inhibitor* frente a la reacción inmediata al juicio del instinto: retiene, continúa reflexionando, ve la cadena de consecuencias más a lo lejos y más larga. Los *juicios de belleza y de fealdad* son *cortos de vista* — tienen siempre el entendimiento en su *contra* —: pero son *convincientes en grado sumo*; apelan a nuestros instintos allí donde éstos deciden con mayor rapidez y dicen su sí y su no, *antes* aún de que el entendimiento tome la palabra...” (p. 353-354).

Aldonati (2017), en su texto *El artista como espíritu libre en la ciencia Jovial y así habló Zaratustra de Nietzsche*, llega al pensamiento de Nietzsche, a su concepto de espíritu libre y a su emancipación visible desde el texto *Humano, demasiado humano*, en la que se observa a un filósofo vencedor tras un largo periodo de impotencia. El espíritu libre desborda las fuerzas hasta ahora establecidas por Nietzsche y lleva al hombre a creer en un mañana y en la posibilidad de aceptar plenamente un eterno retorno, “Así como los glaciales se aumentan cuando el sol abrasa en el Ecuador, así la libertad del espíritu cuando es muy fuerte, puede indicar que el valor del sentimiento aumentó extraordinariamente”. Nietzsche trabaja el concepto de artista, como eje central de análisis, desde sus obras *El nacimiento de la tragedia* y *Humano, demasiado humano*, aparece el concepto de espíritu libre. Es en esta última en donde estos dos conceptos empiezan a confundirse debido a la similitud de rasgos que el filósofo les va dando. Sin embargo, en el contexto de toda su obra el artista y el espíritu libre son de suma importancia.

Para Nietzsche, según Aldonati (2017), el ser humano logra la excelencia del espíritu libre cuando asume su poder de elección, es decir, el espíritu libre muestra la fuerza de su libertad cuando no vive desde lo que le es impuesto. “El espíritu libre se permite errar y vivir experimentalmente. Esto es lo que le permite su destacable ligereza artística” (p.14). Aceptar que es dueño de la decisión de elección marca la diferencia. El arte le entrega al ser humano las habilidades necesarias, no solo para ser un gran artista, sino para lograr la felicidad desde un vivir en libertad.

En su obra *El nacimiento de la tragedia*, Nietzsche, identifica al dios griego Apolo con la razón y al dios Dionicio con la naturaleza; muestra que fue en la tragedia "...ha operado una fusión del principio dionisiaco y el principio apolíneo: la fuerza vital es lo que queda del culto a Dionisio, pero se nos transmite en un orden claramente enraizado en la figura del dios Apolo" (Castro, 2008, p. 17). Es por lo anterior que es posible decir que el arte invita al hombre a verse a sí mismo, desde un estado consciente le recuerda la necesidad de sentir, no solo desde la razón, sino también desde la fuerza vital de la naturaleza, sus sentidos, su fuerza vital dionisiaca, embriagadora, en palabras de Nietzsche (2004), "El ser humano no es ya un artista, se ha convertido en una obra de arte: para suprema satisfacción deleitable de lo Uno primordial, la potencia artística de la naturaleza entera se revela aquí bajo los estremecimientos de la embriaguez" (p. 46), de tal forma que el ser humano puede lograr establecer una alianza con su ser ahí para soportar y llenar su existencia finita de libertad y de esta forma alcanzar el gozo de la vida. Hacer partícipe a los sentidos de la existencia, le permite identificarse con las fuerzas del mundo, pues el hombre no solo reclama el conocimiento de la verdad como ideal platónico, sino que también requiere de la apariencia, de su existencia física.

El ser humano también es cuerpo y este trasciende, supera los obstáculos y sobre pasa los límites que le impone la razón. En cuerpo es la conexión del hombre con la naturaleza, de la cual logra percibir su existencia. en esta búsqueda de sentido aparece el arte y sus imágenes saludables se convierten en imágenes reales que en determinados momentos permiten sustituir su mundo inmutable, al producirse una exageración de los sentidos y de los instintos que reconocen su propia existencia, que finalmente lo conectan con la naturaleza "...la vida del mundo, todo lo que el hombre construye y él mismo, son arte; pueden ser arte" (Castro, 2008, p. 19).

Eliminar las pasiones no le permite al hombre crecer. Estar detrás de la verdad absoluta, sabiendo que solo se obtienen verdades relativas al momento produce cansancio en la existencia. La racionalidad hace que el hombre gire en torno a una actitud negativa de su existencia. “El hombre debe ser capaz de hacer del instinto la fuerza que contempla la existencia; el hombre debe llevar el instinto a obrar como la fuerza que lo conecta con la naturaleza y su poder” (Castro, 2008, p. 20). La unidad que logra el artista es incompleta, toda obra nace del éxtasis que producen los sentidos, en soledad el artista se comunica con la palabra dejada en colores sobre la tela, la obra es “una construcción, sin ninguna realidad absoluta” (Bachelard, 2002, p.23) y es la fuerza de la voluntad hecha conocimiento la que produce las imágenes desde su habitar poético. El imaginar del artista camina hacia su ser vitalizado, que vive en constante emergencia. La voluntad de poder es un llamado de libertad dotada de sentido, es un plantearse una realidad sin límites.

Ahora bien, la libertad es para Nietzsche (2002), “Tener voluntad de responsabilidad. Mantener la distancia que nos separa. Volverse más indiferente a la fatiga, a la dureza, a la privación, incluso a la vida” (p. 121). El peligro, es para este pensador, lo que permite al hombre conocer sus virtudes, su espíritu, lo que lo ayudará a ser cada día más fuertes. El ser humano tiene la necesidad de ser fuerte, es por ello que concibe “la palabra libertad: como algo que se tiene y no se tiene, que se quiere, que se conquista...” (p. 122).

Para Nietzsche (2004), crear es manifestarse, “Crear: significa expulsar algo fuera de nosotros, vaciarnos de algo, empobrecernos algo, y hacernos más amantes” (p. 64). El artista entrega algo de su ser, eso que de alguna forma posibilita su existencia lo da, pues la vida misma en el artista no es un medio para algo, es una forma de crecimiento, “solo en la creación hay libertad” (p.66). Los artistas deben crear en libertad, entregar sus sensaciones reales, sentidas,

aquellas que al ser observadas por otros transmiten algo. Ellos deben tener claro que una obra de arte tiene dos caras, una que es mirada por quien la crea y otra que corresponde a la mirada de los demás, en palabras de Nietzsche (2010), “Toda obra de arte mira por un lado al artista, por otro a los demás hombres” (p. 545)

Según Arrocha (2009), la voluntad de poder para Nietzsche es un quehacer que lleva sin proponérselo a una vida plena y en libertad, es “la ilusión fundamental que se desprende del ejercicio de una imaginación que no tiene otro objeto que el de crear sin fin y sin fines” (p. 173). El objetivo de todo artista consiste en potencializar y develar esa fuerza interna que le habla con tono bajo, “corresponde al movimiento o devenir de la voluntad más allá de la utilidad, del placer o de cualquier otra actividad que no tenga como objeto único el incremento de su potencia creadora” (p. 173). Es el acto de producir sin conformarse con lo que ya fue elegido. Voluntad en sí, es asumir la elección de ser libre en el infinito universo que conforma la existencia del ser humano, “Se puede afirmar que la voluntad es libre sólo en el despliegue espontáneo de sus impulsos, en la dinámica azarosa de su expansión creadora, como poiesis, como experiencia artística” (p. 173).

El arte no produce cansancio, no corre detrás de verdades absolutas, para el artista sólo existen verdades relativas en cada momento vital de existencia. Es por ello que la tarea del artista es difícil, pues han transcurrido más de dos mil años durante los cuales la religión, filosofía y la misma ciencia han pretendido establecer verdades absolutas. Para Nietzsche “el hombre debe de ser capaz de hacer del instinto la fuerza que completa la existencia; el hombre debe llevar al instinto a obrar como la fuerza que lo conecta a la naturaleza y a su poder” (Castro, 2008, p.20).

La razón, como establecedora de valores, no puede suplantar al instinto, no puede colocar al hombre en una condición de inferioridad, por debajo de verdades que pretenden ser absolutas o

conceptos como vida eterna, virtud, dios, cielo, etc, que lo mantienen alejado de la actividad física y real de vivir. Todos esos conceptos colocados por encima pesan y generan mucho cansancio, desconfianza, decadencia y destrucción. Es aquí donde la propuesta de Nietzsche es fuerte, el hombre tiene la fuerza para transformar el mundo, creando sus propios valores podrá impulsar su surgimiento creativo. El ser humano necesita vivir en libertad para lograr el proceso creativo que lo aleje del cansancio y la destrucción producto de valores establecidos e impuestos. A este proceso lo llamó Nietzsche “el desarrollo de la voluntad de poder” (Castro, 2008, p. 21).

El hombre en un primer momento para Nietzsche está en caída, en decadencia, y cansado fruto de todos los valores impuestos, pero en un segundo momento, generando nuevos valores puede “transformar la vida y convertir todo alrededor en propiedad del hombre” (Castro, 2008, p. 21). Es allí donde la voluntad de poder le permite ser dueño de sí mismo, poseerse es darse afecto, control, energía, pasión y orden. A lo anterior le da mayor claridad Heidegger (2000), de la siguiente forma:

“La voluntad es en sí creadora y destructiva al mismo tiempo. Dominar-más-allá-de-sí es siempre también aniquilar. Todos los momentos de la voluntad a los que se ha aludido —el más-allá-de sí, el acrecentamiento, el carácter de orden, el crear, el afirmarse— hablan con claridad suficiente como para que pueda reconocerse que la voluntad ya es en sí misma voluntad de poder; poder no quiere decir otra cosa más que la realidad efectiva de la voluntad” (p. 69).

El artista mantiene una “relación ingenua con la naturaleza” (Nietzsche, 2010, p.317), su pretensión no es copiarla, es interpretarla, es allí cuando se evidencia su sumisión ante ella. El impulso o fuerza artística lo lleva a idealizarla, su voluntad trabaja sin apegarse a su resultado, el camino para lograr el fin es la ilusión que necesita el artista para crear. El proceso de creación es permanente, pues la naturaleza carece de forma firme, lo que le permite al artista actuar y pensar de forma diferente. El arte le permite al hombre conocerse, así sea de forma casual, pues este

conocimiento no tiene, carece de alguna intensión final. Este le permite consolidar en el devenir de la existencia su actuar ante ciertas situaciones, en muchas ocasiones la obra es el resultado de conocimientos desesperados, pues según Nietzsche (2010), "...el impulso de ser verdadero, transferido a la naturaleza, provoca la creencia de que también la naturaleza debe ser verdadera frente a nosotros..." (p. 394).

Si bien el arte es una ilusión, los seres humanos solo refutan las ilusiones que le son hostiles, las desfavorables, que lo hacen sentir engañado. El artista entrega ilusiones, desde la libertad de su voluntad de poder, que habitan en el ámbito de la necesidad. Ilusiones de confianza, que apuntan a la verdad relativa con consecuencias agradables, "la exigencia de la verdad significa: no uses el engaño para hacer el mal a los hombres...creer en la verdad es crecer en ciertos efectos que lo hacen feliz" (Nietzsche, 2010, p. 399).

Para Arrocha (2009), en el mundo del artista la voluntad de poder, planteada por Nietzsche, es la que lo lleva a crear a partir de la pluralidad de fuerzas y voluntades fuertes. Es la fuerza antagónica al quehacer moral, pues ella en su condición estética fija formas y no contenidos, hasta transfigurarse en belleza. El arte desde la voluntad de poder le permite al artista vivir en libertad.

La voluntad en sí es primariamente un movimiento que se piensa en el curso de su propia actualización. Su potencia de actuar es el movimiento propio de su fuerza creadora que consiste en la elevación de su experiencia empírica en existencia artística. La tarea del artista es al mismo tiempo potenciación y desvelamiento de la fuerza interna que le susurra y habla a su cuerpo como si este en su conjunto fuese un oído. La "voluntad en sí" es una fuerza inmanente que se despliega como un ejercicio no consciente que reafirma su condición de ser en el juego indefinido de la vida como creación (p. 171).

La voluntad de poder como libertad está asociada a una pluralidad de sentimientos (Deleuze, 2000), el artista primero se siente y ese sentirse de forma intensa es el ingrediente básico de la voluntad de poder; luego de sentirse, piensa, pues la acción de voluntad la produce el

pensamiento, para obedecer querer hacer algo; el sentir y el pensar potencian su voluntad. Por último, no basta sentir, pensar y querer hacer algo, existe un sentimiento superior a estos llamado libertad. El artista se obedece: "...yo soy libre, él tiene que obedecer" (p. 86), al sentir la libertad, en ese momento centra toda su atención en la voluntad, quiere mandar sobre él, ya puede mandar sobre él, es por ello que asume el hábito de vivir en el dúo razón – sensaciones, para ejecutar su querer hacer y disfrutar la voluntad misma hasta lograr un estado placentero de voluntad interior. La realidad vence toda resistencia y ejecuta su querer, esto "se llama libertad de la voluntad" (p. 86), de poder.

### **La Voluntad Como Poder Desde el Sujeto Observador**

La historia muestra que a la hora de comprender la realidad no existen límites en la existencia humana. Filosofía y estética unifican conocimiento acerca de la esencia de la vida, del ser ahí, en el mismo instante en el que el hombre se proyecta sobre la obra expuesta, con el fin de volver a poseer su existencia desde las sensaciones dotadas de razón, sensaciones e intencionalidad.

Al final la obra le reclama al artista una última mirada, no para dar privilegio al resultado, por el contrario, para darle el sentido de revelación, de verdad, que se hará visible en el momento justo que la pintura realice su magia invisible. De esta forma el artista ofrece en cada obra una revelación, un estado de ánimo que solo podrá ser sentido en la pasividad de la contemplación, en ese instante se comunica la obra, habla para ser develada, en palabras de la filósofa Zambrano (2019):

La pintura es una presencia constante, existe para mí, ha existido siempre, como un lugar privilegiado donde detener la mirada. Lugares privilegiados, algunos, donde la semilla esencial del arte se da con abundancia e intensidad. El que yo no la haya pintado es, diría, casi una prueba de la esencia, de la sustancia que contiene para mí la pintura. Sólo la contemplación, mirar una

imagen y participar de su hechizo, de lo revelado por su magia invisible, me ha sido suficiente. Estando atraída por ella, nunca he sentido la tentación de hacerla (p. 170).

Toda pintura oculta algo real, el artista representa en ella sus sensaciones y la obra al ser contemplada oculta y des-oculta, en ocasiones, su enigma, entrega la realidad misma encerrada. Esto se debe a que la obra pictórica es la interiorización del mundo sensible y angustiado del artista, desterrado y en ocasiones prófugo de sí mismo, de una realidad que no llega, la cual relaciona y articula en la obra, dejando en ella no solo sensibilidad y verdad, sino también metafísica, "...no deja de producir extrañeza que la pintura, la más sensual de las artes, sea también la más metafísica" (Chacón, 2015, p. 30). Finalmente, la obra encarna la realidad del artista y su entorno, el arte "...no se limita a dejarse ver, sino que hace ver" (Chacón, 2015, p. 31). Independientemente de si la obra es figurativa o abstracta, el artista le entrega al observador formas, se descubre y crea su corporeidad separada de su ser para develar su realidad "...para Zambrano la pintura será siempre y esencialmente una pintura de imágenes y formas que nos desvelan una realidad que trasciende lo inmediatamente presente a nuestra vista y lo intelectualmente pensado" (Chacón, 2015, p. 31).

La obra pictórica es esencialmente palabra teorizada, representada en formas, solo a través de ellas el artista entrega su instante de presencia, lo que su ser le da, extrae de ellas lo que siente y lo precipita sobre la obra y poco a poco, de forma simple se irá revelando lo que manifiesta ese instante de presencia que encierra su realidad, es "...un acto de revelación de lo que la realidad esconde" (Chacón, 2015, p. 32). Pero de la revelación no solo es privilegiado el artista, también depende "...de la predisposición de quien mira, y aporta la revelación sólo a determinadas miradas" (Zambrano, 2019, p. 170).

La pintura no solo transforma al artista, también al sujeto que se deja llevar por su misterio, lo envuelve en su confesión, en luz que entrega un misterio. El artista no elige como

hacer la obra, él contempla desde sus abstractos estéticos su diálogo íntimo, esa mirada interna se entretiene con los colores, con su esencia sumergida en pensamientos incursiona el territorio blanco de la tela hasta volverla vida. Su existencia, su conmoción interior termina siendo una maravillosa experiencia estética y por qué no, metafísica.

El artista no pinta sus sensaciones, son las sensaciones en estado contemplativo las que se dejan pintar y no para ser entendidas, sino para ser vistas, pues su enigma la obra en sí misma no lo resuelve, en ocasiones lo observado no acontece ni amenaza, el rayo no cae, la lluvia no moja, el fuego no quema, pero a los ojos del observador algo acontece. La obra se deja ver, aparentemente quiere construir, pero al mismo tiempo destruye, su enigma desde la contemplación podrá en ocasiones ser insoluble, la pintura es un momento presente para el observador, lo lleva a lo intangible, a esa penumbra que antecede a la luz reveladora.

Según Díaz (2014), el arte no es la expresión del caos interno del artista, es la “...composición del caos que brinda la dinámica de una variedad nueva en el mundo; el artista es creador de composiciones abiertas que inventan nuevos afectos, los muestra en su obra y los hace devenir en el mundo...” (p. 71). Es por ello que el arte es una forma que permite construir una forma de existencia “...donde el pensamiento toma fuerza inactual e introduce una apertura sensible jamás percibida, donde pensar deviene una experiencia vital y sentir una variación del pensamiento” (p. 71). Desde el pensamiento de Deleuze (1998), el arte produce, genera pensamiento que permite afirmar la vida, su conocimiento no es opuesto a ella.

La vida sería la fuerza activa del pensamiento, pero el pensamiento el poder afirmativo de la vida. Ambos irían en el mismo sentido, arrastrándose uno a otro y barriendo los límites, paso a paso, en el esfuerzo de una creación inaudita (p. 143).

La vitalidad es un llamado de libertad para el ser, del artista y del observador, es apertura a la realidad que existe, la cual está cargada de sentido. Las imágenes creadas desde la pintura le dan al hombre la oportunidad de comprender y sentir la realidad del aquí dado, no como concreto e inamovible, sino como frágil y cambiante, como la vida misma. La pintura como arte es un no plantearse límites ni matices, ella es riqueza que se desborda sobre todo lo que el humano quiere lograr, es sentirse como apertura hacia lo develado mismo. En analogía con la poesía, es posible tomar primero un texto de Bachelard (2013), “La función principal de la poesía, es la de transformarnos. Es la obra humana que nos transforma con mayor rapidez...” (p. 94). De igual forma, es posible decir que la pintura une en un íntimo sentir la existencia, obliga al hombre asombrarse frente a la cotidianidad: es razón y sentimiento, para trascender la realidad del pensamiento del hombre. Parafraseando a Gadamer (1998), el hombre puede vivir en conexión con el poder poético que desafía al ser a transformarse por completo sin cerrar su existencia solo a la razón. El lenguaje poético, desde el sentir, ha sido el impulso de transformación del pensamiento, hacia un mundo en permanente movimiento, donde la realidad del ser cambia constantemente, buscando en el instante la riqueza que ofrece vivir-lo diferente. El artista faculta imaginaciones, descubre cómo su movilidad constante, hace de ellas una posibilidad de nuevos significados. La obra termina siendo verso que aflora desde el silencio ensordecido del lenguaje pictórico del artista. La voluntad de poder, en el observador, construye instantes de existencia recibidos en libertad.

El arte es un espejo para el hombre, refleja objetos que quizás no puedan ser percibidos de otra forma. Este como fuerza liberadora de la existencia permite sentir la vida, mostrar lo bueno, así como los ideales básicos y las contradicciones que lo desvían de la vida y no le dan la oportunidad de sentirse habitante pasajero en la tierra. Liberar los instintos desde el arte permite encontrar una forma de existir fundada en la eterna pregunta de la existencia.

La filosofía no debe hacer del arte una larga discusión particular del objeto para finalmente vincularlo a un proceso de orden estético: sublime, bello o feo, sino que debe de ser tratado como un problema del pensamiento mismo, relacionado directamente con la vida, con su afirmación, este “...no tiene más interés que liberar espacios de vida para componer una topología dinámica de las multiplicidades...” (Díaz, 2014, p. 71). El arte es una forma de expresar de forma creativa conocimiento, “...en tanto que es un modo de componer el caos, desde el trazado de un plano de composición en el que se instauran bloques de sensaciones que perduran por efecto de ciertas figuras estéticas” (Díaz, 2014, p. 71).

La filosofía como disciplina de pensamiento, sin abandonar el camino del buen sentido, debe permitir que el hombre se abra al campo afectivo, ese donde las fuerzas arremeten con mucha violencia, desestabilizan y arrastran hasta el límite

...las “facultades” perceptivas entrando en una disonancia que las excita y las desdibuja. Esta apertura del arte por fuera del reconocimiento y la imitación se tiende en un Exterior inaprensible, intensamente productivo de encuentros singulares, múltiples y no definidos, los cuales tornan indiscernibles las distinciones clásicas de la forma y el contenido<sup>21</sup>, entre otras *perversiones*. El arte se abre a su intensidad creativa como un pensamiento sin imagen, sin nada que determine el límite entre la vida y la escritura, el trazo o la composición. Para esto es necesario hacer *huir* la interpretación, el significante y la subjetividad, todos rostros de una misma figura molar y arborescente, que enraízan los flujos vitales en marcos direccionados por la finalidad, la representación y el esencialismo. Hacer devenir la vida en arte, y éste una experiencia-vital (Díaz, 2014, p. 72)

El arte afirma vida en el momento que el hombre la fundamenta en una autoproducción estética con un objetivo claro, el eterno retorno, como anhelo de que ella se repita de forma eterna. De esta forma el ser humano crea orden, sentido y lógica a su existencia, pues no se trata de que el artista potencialice su obra, se trata finalmente que se sienta a sí mismo como una obra de arte, mostrando que la energía de la creación no está en el fruto, está en la potencia de la semilla, entregada al observador. Esa sobrevaloración es la voluntad de vivir una existencia en constante afirmación, sin dejar de lado el dolor y la enfermedad, en lo estético tienen cabida lo

feo y lo desarmónico como parte del juego de la voluntad creadora consigo misma, pues el mundo como fenómeno es posible justificarlo y entenderlo desde la estética.

La sensibilidad, a partir de la experimentación, le permite al artista proyectar su ser, pero al ella estar altamente influenciada por su realidad, incide sobre sus sentidos y es de esta forma que la obra termina siendo una mezcla de elementos internos y externos, entregados de forma codificada en la mezcla de formas y colores al observador. Así mismo, los factores de su realidad se ven influenciados por la razón y por las sensaciones productos del momento en el cual se produce la obra. El artista rompe con la tradición, se adelantan a su época, entrega su sensibilidad, la cual hace que el observador se detenga y procese de forma lenta los nuevos elementos que la realidad y ficción del artista entrega, para romper su monótona existencia. El objeto-arte creado por el artista, desde el dúo razón – sensibilidad, particular y muy propio, tiene como finalidad entregar al observador un objeto con percepción estética, el cual, a través de sus espacios de sensibilidad lo lleva al nivel de obra de arte. El artista entrega sus obras pictóricas como palabras sentidas y ordenadas, convierte colores ordinarios en lenguaje poético que incita al observador a entrar en su mundo, el cual, de alguna forma durante el proceso de percepción e interpretación, siente que se identifica con el suyo propio. El observador justo en ese momento, sin gritarlo le da al objeto creado la dimensión de obra de arte.

El arte le ofrece al observador interrogantes, misterios e instantes de perplejidad, que lo obligan a buscar es su interior aquellas sensaciones inexploradas, que sin saber que existían, le entregan nuevas sensaciones y lo llevan hacer un viaje en ese momento de contemplación de su existencia. Cuando el observador se siente atraído hacia la obra se envuelve en la diferencia que aparentemente existe entre realidad y ficción, pues esa ficción creada y vivida durante la etapa de producción de la obra es la realidad sentida en ese momento por el artista. Viajar por ese mundo irreal, sentir los personajes, los colores, los olores, las texturas, los miedos y las alegrías, entre

otras, hace parte de la creación artística, la cual estructurada de forma coherente hará que la obra sea universal.

A manera de conclusión, es posible decir que es desde el arte el hombre construye y destruye su realidad, desde allí extiende la mirada para luchar por modificar lo que siente que es intolerable, se soporta, pero lo más importante se elige y vigoriza sus emociones, la voluntad de poder como fuerza creadora hace que la obra no sea el resultado de la resignación, sino por el contrario es el resultado de la abundancia, de la energía dionisiaca.

El artista se debe de expresar desde una estabilidad del dúo razón-sensaciones, de esta forma la obra rompe las barreras estructurales impuestas, elevarse por encima de las ideas, le permite al artista sumar acciones placenteras en su existencia, de tal forma, que su obra separada de él, sea fuego diseminado por todas partes.

El arte como la máxima expresión de sensibilidad y creación humana, no puede explicarse como un fenómeno autónomo, sin una fuente de energía interna que lo geste, una fuerza de voluntad que lo ayude a nacer y a desarrollar de forma plena. El artista contemporáneo esta estructuralmente ligado a la realidad, a una sociedad y a su cultura, las cuales le generan inconformidad y rebeldía. El mundo contemporáneo, es un momento histórico de agitación y cambios permanentes que producen profundas inquietudes y angustias, que hace sentir a los seres humanos alejados del mundo a diferencia de las épocas anteriores. Se vive en medio de un sentimiento de incompletud, el cual genera en el artista precariedad, frustración, miedos y fobias, robándole totalmente la tranquilidad existencial. Es por lo anterior que, no se siente identificado con la sociedad y con su función como individuo. El arte muestra esta situación, refleja la realidad de un mundo desmesurado, en profunda crisis, donde al artista no le interesa presentar una obra para contemplar desde la belleza y no porque no pueda hacerlo, es solo porque el arte

sublime ya no le suena agradable al alma y es por ello que el arte hoy es controvertido, en ocasiones contradictorio y tan oscuro como el hombre mismo.

Desde la filosofía, el arte es una actividad del hombre para ser contemplado, sentido e interiorizado por el observador, es realidad sensible que habita en el ser humano. En el universo de la pintura, la ficción de momentos sentidos, llevan al artista a dejar en palabras su universo interior, posibilidades aparentemente insólitas, pero no ilógicas, las cuales solo suceden en su existencia, pero que al ser entregadas el observador puede quedar atrapado y sentir que de alguna forma la vive y la siente, los acontecimientos de ese universo pictórico terminan siendo absolutamente coherentes y la dinámica interna permite que ese mundo ficticio sea no solo entendido sino sentido y reinterpretado por el observador.

### El Arte Como Potenciador de la Vida

Toda actividad artística se sitúa en el camino  
hacia la libertad de la voluntad,  
no solo para el artista sino también para el observador,  
pues la voluntad de la contemplación  
como mirada sin prejuicios sobre la obra  
es motivo de creación.  
(Pulgarín).

Es posible iniciar hablando acerca de dos mundos, el mundo que está basado en las rígidas leyes de la lógica y el mundo real, este último regido por el dúo razón - sensibilidad, desde donde el artista crea la obra y es desde donde el hombre puede potencializar su existencia. ¿Cómo puede el ser humano potencializar su existencia desde el arte? la respuesta a esta pregunta se puede establecer regresando al origen; el hombre debe acercarse a los sentidos en defensa de las pasiones como elementos integradores de su conducta. No es plantear una forma de pensamiento irracional, es un nuevo vitalismo donde conviven la razón lógica y la sensibilidad, esta última acerca al mundo sin categorías a priori. El objetivo específico de este capítulo es *conceptuar el arte como un potenciador de la vida misma* y al artista como mediador de emociones, con las cuales no pretende crear una verdad absoluta; la obra no debe de ser observada para ser creída. Ella no hace uso de la creencia pues,

en vez de discriminar entre opuestos, los asume, elabora con ellos y a partir de ellos. El pensamiento discursivo precisa de la dualidad, procede eligiendo continuamente; un discurso es una cadena de elecciones. Pero la imaginación no elige sino que, al contrario, simultanea las posibilidades. Por ello, a diferencia del pensamiento lógico, esencialmente utilitario, dirigido hacia un fin que es del orden de la comunicación, el pensamiento estético es anterior a ello y de su acción depende cualquier organización posible (Maillard, 2017, p. 20).

El arte es el camino que han toman muchos filósofos en busca de nuevos valores.

“Nietzsche sostiene que el arte tiene más valor que la verdad por ser afirmador de la vida del ser humano” (Gama, 2008, p. 67), el cual está enfocado en la búsqueda de la verdad, en ocasiones de forma desesperada, al extremo que se niega la posibilidad de la vida misma. Es importante aclarar “que la verdad no es representación de algo siempre ya dado sino remisión a un horizonte epocal

que es propio de la existencia como finitud animal” (López, 1994, p. 48). Nietzsche, reivindica al artista, ese que le permite a su cuerpo plasmarse de emociones. El artista trabaja con el cuerpo y a partir de él, sin rechazar su sí mismo, logra darle apertura a su ser, construyendo una forma de pensar que le devela la verdad finita, lo anterior “muestra que el hombre, no en tanto conciencia, por cierto, es capaz de moverse no dentro del mundo, sino en una dimensión ontológica, develadora de lo que vale como ser en un momento histórico determinado” (López, 1994, p. 44). La verdad finita le entrega un saber práctico para asumir la inmediatez y la finitud de la vida de forma afirmativa. Nietzsche en sus textos es consciente de que arte no es una experiencia separada de la existencia o complementaria a la realidad, por el contrario, lo considera como algo íntimo del ser humano, es por ello que una de sus propuestas más temerarias es “ver la ciencia con la óptica del artista, y el arte, con la idea de la vida...” (Nietzsche, 2004, p. 28).

Cuando el arte se produce desde el dúo razón-sensaciones el hombre abre un amplio espacio, espacio que le permite al ser ahí asumir la existencia desde abismos oscuros, los cuales entregan un espectro de la realidad consecuente con su deseo de una vida afirmativa. Rendirse ante la posibilidad de una existencia afirmativa que entrega el arte, es asumir la voluntad de potencializar su vivir en plenitud. “Lo que es esencial en el arte es su perfeccionamiento de la existencia, su provocar, la perfección y la plenitud; el arte es esencialmente la afirmación, la bendición, la divinización de la existencia” (Nietzsche, 2000. p. 544).

La obra artística emerge con vitalidad cuando es impulsada desde conexiones inesperadas, cuando la experiencia sensible, previa a la razón, produce una serie de fuerzas individuales que multiplican y forman una constelación variable, es decir, la obra

...desborda los límites de la subjetividad y del juicio para desplegarse en el campo de batalla más próximo: el cuerpo. En este terreno, la vitalidad no organizada prolifera en el cuerpo haciendo pasar intensidades, produciendo y conectando fuerzas múltiples en un spatium inextenso. Así, el juicio queda relegado a la indiferencia de lo impersonal, su interpretación roza la inocencia, es el tiempo del

cuerpo sin órganos como población de intensidades que libera fuerzas perceptibles e imperceptibles, en un juego inmanente de producción afirmativa. Un pensamiento estético que penetra y efectúa en los cuerpos, que se experimentan entre los cuerpos tramados de afecciones, a partir de una potencia de interacción infinita que excede e inunda de modo inmanente los organismos, los juicios y la conciencia (Díaz, 2014, p. 73).

Nietzsche para desarrollar su pensamiento estético hace uso, toma prestados, los dioses griegos Apolo y Dionisio, sin pretender volver a adoptar “su cultura y creencias. Aquello que Nietzsche obtiene de estas divinidades son las imágenes del sueño y la embriaguez” (Aeloíza, 2007, p. 10), estados que según el pensador alemán le permiten al artista llevar a cabo su creación, mediante la unificación de los contrarios, “la tragedia es el goce de la vida, pero también entender al dolor como parte de ella” (Aeloíza, 2007, p. 13). De esta forma, Nietzsche, se aleja de los conceptos filosóficos establecidos desde tiempos pretéritos y se acerca a la imagen como la fuerza mediadora o puente hacía las emociones:

...los conceptos. Aquellos no muestran la misma riqueza que poseen las imágenes, las cuales manifiestan una pluralidad de dimensiones que pueden conjugarse cuando es llevado un análisis de un tema en particular, los conceptos no son otra cosa que abstracciones vacías (Aeloíza, 2007, p. 9).

Nietzsche (2009), en la obra *El nacimiento de la tragedia*, dice:

Mucho es lo que habremos ganado para la ciencia estética cuando hayamos llegado no solo a la intelección lógica, sino a la seguridad inmediata de la intuición de que el desarrollo del arte está ligado a la duplicidad de lo apolíneo y de lo dionisiaco “Nietzsche, 2009, p. 41).

Es necesario ampliar un poco el concepto de unificación de contrarios, ensueño y embriaguez, estados que generan emociones que se co-pertenecen y se desarrollan de forma recíproca y proporcional, ambos instintos, “...los poderes de Dionisio se alzan dentro de la vida, haciéndola digna de ser vivida alcanzando estados completos de goce y satisfacción. Pero también los regalos de Apolo muestran ingerencia dentro de nosotros, entregan la belleza del vivir” (Aeloíza, 2007, p. 14). Esto lo ratifica Nietzsche en el aforismo 792 de su texto *La voluntad de poder* al expresar: “Apolíneo-Dionisiaco. —De dos estados de ánimo surge el arte

del hombre como una fuerza natural, disponiendo de él por completo: como síntesis de la visión y como consecuencia de lo orgiástico” (Nietzsche, 2006, p. 525).

Ahora bien, para entrar un poco más en el pensamiento estético de Nietzsche, es posible hacer uso del texto *La filosofía de Nietzsche*, escrito por Eugene Fink, el cual entendió como Nietzsche percibió el arte desde la misma naturaleza de la realidad, formulando la visión del ser desde categorías estéticas:

El arte, la poesía trágica, se convierte para él en la clave que descifra la esencia del mundo. El arte se convierte en órgano de la filosofía, se toma como el acceso más profundo y auténtico, como la comprensión más original, a la que el concepto, como mucho, solo puede seguir. Es más, la comprensión conceptual solo adquiere originalidad si se encomienda a la visión más profunda del arte, si reflexiona sobre aquello que el arte experimenta creativamente... En el centro se pone el fenómeno del arte: gracias a él y a partir de él se descifra el mundo. Al mismo tiempo, según lo formula Nietzsche, el arte no se considera únicamente «la auténtica actividad metafísica del hombre», sino que en él acontece sobre todo el esclarecimiento metafísico de lo existente en su conjunto. Solo con los ojos del arte puede asomarse el pensador al corazón del mundo. (Fink, 2019, p. 15).

Lo anterior muestra que para Nietzsche el concepto pasa a un segundo plano, pues considera iluso tratar de establecer un concepto que busque “explicar la experiencia estética; más bien, la importancia recae en la riqueza de la experiencia misma” (Aeloíza, 2007, p. 10). Es importante establecer que este giro o nueva forma de comprender la estética de Nietzsche tenía como propósito mirar hacia el artista como un ser con capacidad de crear,

...propone, una mirada hacia el artista y no solamente a la obra que éste genera, ya que sin artista y sin las experiencias estéticas que éste ha sobrellevado es imposible la creación de una obra. La unidad que se logra entre estos dos polos como creador y obra es lo que Nietzsche define como arte (Aeloíza, 2007, p. 12).

La vida la potencializa el arte “cuando lo ordinario pierde su calidad de tal y se transforma mágicamente en algo sublime que ocupa a la conciencia es porque ella ha descubierto la subyacente presencia de la portentosa fuerza vital” (Quevedo, 2006, p. 31), el ser humano puede construirse desprovisto de pudor, aceptando la existencia sin velo alguno, esta lucidez la logra el

artista cuando vive de forma consciente en el dúo razón-sensibilidad, y es a partir de ella que puede crear la obra; así mismo, esta lucidez la puede lograr el observador cuando asume una actitud de contemplación placentera. En este capítulo, se realizará un recorrido por los conceptos presentados en los capítulos anteriores con el fin de mostrar como el arte puede potencializar la existencia humana, no solo del artista sino también del observador que contempla desprovisto de pudor, ambos encontraran en la obra de arte el sendero por el cual pueden transitar su existencia con el potencial suficiente para “conquistar una vida plena llena de certezas” (Quevedo, 2006, p. 31).

### **El Arte Como Mediador de Emociones**

Los seres humanos están regidos por leyes específicas, por principios lógicos que están orientados a ordenar las cosas y los acontecimientos con el único objetivo de comprender el mundo que lo rodea. La comprensión de los entes reales que permiten entender el mundo, es lo que normalmente se llama realidad. Desde la filosofía del arte es posible asegurar que no solo se tiene capacidad para entender el mundo a partir de la lógica, desde la sensibilidad es posible identificar que el ser humano tiene conciencia emocional, la cual, en dúo con la razón lógica, le permite al artista crear obras que expresan de su realidad, amarradas a ese instante de existencia vivido desde su sensibilidad.

Vattimo (1996), en su texto *Introducción a Nietzsche*, muestra como el pensamiento de filósofo alemán, pretende sacar los valores del cuerpo del abismo en el que la filosofía los tiene enterrados, el cuerpo debe dejar de ser negado y despreciado, como ocurre en la tradición occidental, “síntomas de una cultura del resentimiento, de la necesidad de soluciones finales” (p. 130). El cuerpo es un referente fundamental y básico de la existencia, este le entrega al arte “un lugar privilegiado, una sede de la definición de una alternativa «positiva» (sana, fuerte, etc.) de

existencia para el hombre” (p. 128), la posibilidad de actuar desde la voluntad de poder no se logra distanciándose del cuerpo, solo se llega a ella desde el dúo razón – sensaciones, esto es un contramovimiento respecto al ascetismo y el nihilismo,

La referencia al cuerpo es otra de las razones por las que el arte es la única forma espiritual capaz de realizar la posibilidad positiva de la voluntad de poder: moral, metafísica, religión, incluso la ciencia (al menos en cuanto ha reducido el cuerpo a la masa mensurable), han expresado siempre en el distanciamiento ascético respecto del cuerpo su espíritu nihilista y reactivo (p. 130).

Este contra movimiento no tiene por objeto ir al extremo y solo vivir desde las sensaciones para crear, pues él no está orientado a dar soluciones finales, “...el arte no tiene por objetivo ni calmar las pasiones mediante un desahogo momentáneo, ni aplacarlas mediante una explicación de la superior racionalidad de las vicisitudes humanas...” (p. 131); la radicalización consiste en vivir desde el equilibrio que proporciona el dúo razón-sensaciones, ya que al tomar distancia del ascetismo y nihilismo no solo se encuentra excitación, sino también “manifestación de fuerza, sensación de poder” (p.131). Asumiendo esta radicalización el ser humano se sale el camino epistemológico del positivismo planteado por la filosofía clásica y moderna, y evidencia “una razón que sale de los marcos o categorías conceptuales clásicos que la definen como pura, dura” (Varas, 2004, p. 62) y lo acercan a una realidad sin categorías a priori; apoyándose “en cierto espíritu dionisiaco, capturando de él una exultante defensa de las pasiones como elemento integrador de una conducta moral más amplia y comprensiva...Así la aspiración dionisiaca es de nuevo vitalismo en que convive la razón y la sinrazón” (Varas, 2004, p. 62).

La fundamentación del giro hacia el dúo razón – sensaciones, es abrir un espacio donde tengan cabida los sentidos para lograr las condiciones necesarias para disfrutar de la realidad fundida en la ambivalencia de lo humano, mente y cuerpo, sombra y luz, una organización que le permite al ser humano vivir una existencia fecunda. En palabras de Varas (2004), “El mundo no

está hecho, está apenas insinuado. La belleza del crepúsculo encierra la belleza del amanecer” (p. 65). Por lo anterior que es posible decir que, en la tensión de la cuerda, tendida entre la filosofía y el arte, el ser humano tiene la posibilidad de potencializar la existencia, sólo desde un dialogo positivo, abierto, en el cual no existen anhelos ni imperativos le será posible acceder al ser; el artista se hace y se obedece a sí mismo para elegir, es por ello que “...vivir es un acto de elección. Al hacernos, no sólo damos sentido a nuestra existencia, sino que realizamos el ser que acontece en nosotros” (Secchi, G, 2007, p. 17).

El artista se aparta del mundo, de ese que no tiene fundamentos ni esencias, ese que solo vive desde la interpretación de la razón, la cual “...obsesionada por lo instrumental, moralizó el conocimiento con el propósito de adecuarlo a los intereses del productivismo” (Morales, 2006, p. 137); y se interesa por sus sensaciones, por ese espacio animal que no es absoluto y lógico, ese mundo donde el conocimiento de la verdad deja de ser una cultura, pues ella, lo entiende el artista, carece de universalidad y es particular de cada momento, ese mundo sin esencias es desde donde nace la voluntad de poder como potencializador de la vida, la cual no debe de ser vista como una forma de escapar del caos existencial, de un mundo lleno de forma que están, aparentemente, definidas, evitando la lucha por la vida, es una forma que tiene el hombre de salirse de un mundo dominado por la interpretación desde la razón, “Se trata, por el contrario, de volver tolerable la conciencia de la ineluctabilidad del error sobre el que se basan vida y conocimiento, reconociendo que él es la única fuente de la belleza y abundancia de la existencia” (Vattimo, 1996, p. 58). Tomar distancia de la radicalización es caminar en el sentido de la voluntad de poder, es “...dominar el caos que se es, obligar al propio caos a convertirse en forma” (Vattimo, 1996, p. 132).

Nuestro último agradecimiento por el arte Si no hubiésemos dicho que las artes eran buenas y no hubiésemos inventado esa especie de culto de lo que no es verdadero, el conocimiento de la

universal falta de verdad y de la universal falsía que nos viene dado ahora por la ciencia, el conocimiento de la ilusión y del error como condiciones de la existencia que conoce y que siente, no se podría soportar en modo alguno. La *sinceridad* iría seguida de la repugnancia y el suicidio. Nuestra sinceridad, empero, tiene un poder opuesto a ella que nos ayuda a esquivar esas consecuencias: el arte, en su calidad de *buena* voluntad de apariencia. No siempre prohibimos a nuestro ojo redondear, componer hasta el final: y entonces ya no es la imperfección eterna lo que llevamos a la otra orilla del río del devenir, entonces pensamos que llevamos a una *diosa* y estamos infantilmente orgullosos al prestar ese servicio. Como fenómeno estético, la existencia nos sigue siendo *soportable*, y a través del arte nos han sido dados ojos y manos, y sobre todo la buena conciencia, para *poder* hacer de nosotros mismos un fenómeno de ese tipo. Temporalmente tenemos que descansar de nosotros mismos por el procedimiento de mirarnos a nosotros mismos de arriba a abajo y, desde una distancia artística, reírnos *de* nosotros o llorar *por* nosotros; tenemos que descubrir el *héroe* e igualmente el *bufón* que anidan en nuestra pasión del conocimiento, ¡tenemos que alegrarnos de vez en cuando de nuestra insensatez a fin de poder seguir alegrándonos de nuestra sabiduría! Y precisamente porque en el fondo somos personas graves y serias, y somos más pesas que personas, nada nos hace tanto bien como el *gorro de pícaro*: lo necesitamos a nuestros propios ojos, necesitamos todo el arte arrogante, que se cierne en el aire, danzarín, burlón, pueril y bienaventurado, a fin de no perder la *libertad sobre las cosas* exigida de nosotros por nuestro ideal. Sería para nosotros una *recaída* dar por entero en la moral precisamente con nuestra excitable sinceridad, y terminar convirtiéndonos incluso, por causa de las exigencias más que rigurosas que nos marcamos ahí a nosotros mismos, en monstruos y espantapájaros virtuosos. Debemos también *poder* mantenernos en pie por encima de la moral: ¡y no solo mantenernos en pie, con la miedosa tiesura del que teme resbalar y caer en cualquier instante, sino también cernernos y jugar por encima de ella! Para ello, ¿cómo podríamos prescindir del arte y del bufón? ¡Y mientras os sigáis *avergonzando* de algún modo de vosotros mismos, no podréis contaros aún entre los nuestros! (Nietzsche, 2013, p. 166).

El artista que siente y aprende de sus emociones puede experimentar un espíritu libre, en intimidad se acerca a la conciencia para abrazar de forma aplacible la belleza del lenguaje que deja el color en la pintura, olvidándose de sí mismo durante la creación emancipa su existencia individual. La rebeldía se transmite a la obra y la embriaguez irrefutable potencializa sus emociones convirtiendo su propia naturaleza de hombre común, en arte. El término embriaguez no se debe asociar con ebriedad, sino con la potencialización y acrecentamiento de la vida misma. Lo anterior llega en un juego permanente goce y sufrimiento, estas contradicciones son las que le permiten al artista conquistar su propia naturaleza finita y humana.

En el artista las emociones son el combustible que alimenta su motor de fuerza, condenado como Sísifo, vive heroicamente su tragedia, pues:

Toda la alegría silenciosa de Sísifo consiste en eso. Su destino le pertenece. Su roca es su cosa. Del mismo modo, el hombre absurdo, cuando contempla su tormento, hace callar a todos los ídolos. En el universo súbitamente devuelto a su silencio se elevan las mil vocecitas maravilladas de la tierra. Llamamientos inconscientes y secretos, invitaciones de todos los rostros constituyen el reverso necesario y el premio de la victoria. No hay sol sin sombra y es necesario conocer la noche. (...) Así, persuadido del origen enteramente humano de todo lo que es humano, ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin, está siempre en marcha. La roca sigue rodando.

Dejo a Sísifo al pie de la montaña. Se vuelve a encontrar siempre su carga. Pero Sísifo enseña la fidelidad superior que niega a los dioses y levanta las rocas. El también juzga que todo está bien. Este universo, en adelante sin amo, no le parece estéril ni fútil. Cada uno de los granos de esta piedra, cada fragmento mineral de esta montaña llena de oscuridad, forma por sí solo un mundo. El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso (Camus, 1995, p. 161).

Las emociones del artista tienen como origen en su mundo trágico, ellas se convierten en un medio que le permiten develar su naturaleza humana al salir a flote y extenderse para restituir su grandeza:

Esta rebelión da su precio a la vida. Extendida a lo largo de toda una existencia, le restituye su grandeza. Para un hombre sin anteojeras no hay espectáculo más bello que el de la inteligencia en lucha con una realidad que la supera. El espectáculo del orgullo humano es inigualable. Las depreciaciones no servirán de nada. Esta disciplina que el espíritu se dicta a sí mismo, esta voluntad bien armada, este frente a frente tienen algo de poderoso y de singular. (Camus, 1995, p. 75).

El arte como naturaleza de la actividad humana hace del hombre su depositario y desde la aparente eternidad de su forma, el arte proclama que:

...en el fondo de las cosas, y pese a toda mudanza de las apariencias, la vida es indestructiblemente poderosa y placentera, ese consuelo aparece con corpórea evidencia como coro de sátiros, como coro de seres naturales que, por así decirlo, viven inextinguiblemente por detrás de toda civilización y que, a pesar de todo el cambio de las generaciones y de la historia de los pueblos, permanecen eternamente los mismos (Nietzsche, 1988, p. 77).

Muy a pesar de que la existencia exponga de forma continua al hombre a contradicciones y la grandeza en la que debe vivir el ser humano esté marcada por la tragedia “La vida es digna de ser vivida, dice el arte” (Nietzsche, 1932, p. 5).

El arte puede parecer a primera instancia algo incompatible con la vida, pues este solo extiende una luz tenue sobre la fragilidad del ser humano, sin embargo, esa luz permite comprender la verdad de la existencia sin perecer, dicho de otra manera, el arte es experiencia de verdad y se convierte en un potenciador de las emociones del ser humano:

el poder de seducción que la vida despliega, la conquista amorosa que ella lleva a cabo no tiene otro medio que el arte. No hay ningún poder comparable a la belleza: el orden, la verdad, la bondad no serían nada y nada podrían sin la fuerza del arte. Y así lo que Nietzsche defiende en su reflexión es que no existe medio más eficaz que la belleza, que nada fascina tanto como la hermosura, que la fuerza no es nada sin esplendor, que el mejor poder es el arte y que el arte es el auténtico poder (Avila, 2006, p. 188).

El artista que produce su obra desde la libertad de la voluntad de sus sensaciones, no lo caracteriza la veleidad y no requiere del apoyo o autorización del observador, tampoco de la filosofía o de la moral; su objetivo no es crear y entregar una verdad absoluta, sino por el contrario, crear y entregar desde un estado elevado de placer, ebriedad, la manifestación de su voluntad de poder.

Otro filósofo que piensa el arte desde la vitalidad de los sentidos es Deleuze, su estética lúdica, se acerca al pensamiento de Nietzsche, ya que en ella proliferan las intensidades, promueve la vitalidad y la fuerza para lograr alcanzar los límites perceptivos que permitan producir una nueva experiencia, más pura que la anterior, un devenir que disuelva la finalidad o cualquier estado de referencia,

...es el diagrama abierto de un pensamiento ilimitado que expresa la inmanencia de la vida en su materialidad más dinámica; una estética intensiva de fuerzas libremente creativas, de cuerpos no organizados, de afectos impersonales, de sentidos a-significantes. Es un pensamiento estético que hace de la obra una zona de coexistencias inasibles que involucra fuerzas múltiples e imperceptibles y que captura sus potencias expresivas en una constelación efectiva y versátil, constituyendo un mundo lúdico afectado de sensaciones relacionales a-subjetivas. Por ello, lo sensible puro como modo expresivo de lo estético, es un juego inmanente que expresa la resonancia íntima del mundo, de las cosas, de lo envolvente que enlaza infinitas relaciones perceptibles y no perceptibles, visibles y no visibles, audibles y no audibles. Ese juego diferencial de heterogeneidades que abre el pensamiento a nuevas formas vitales, puede comprenderse como

un vitalismo lúdico-estético que hace de la potencia creativa del pensamiento una insistente apertura a la experiencia afirmativa de un devenir intensamente anónimo (Diaz, 2014, p. 76).

La voluntad de poder no es un mero deseo de vivir, es el potenciador interior que proporciona una expresión afirmativa y vigorosa, que aumenta en el hombre su propio poder. Ella es en sí la que produce la necesidad de crear nuevos valores que exciten y fomenten el crecimiento del ser.

La voluntad de poder no es la fuerza de la naturaleza, ni son los instintos humanos como impulsos biológicos irracionales que se poseen hereditariamente, sino un movimiento de superación siempre actuando, una contradicción siempre renovada, una búsqueda interminable de más poder (Sanchez Meca, 2008. P. 127).

Al estar dirigida la estética del pensador alemán al artista como ser creador, la capacidad emocional se transforma de forma frenética sobre la obra; Nietzsche, se aleja del observador y de la obra misma, para centrarse “en la verdadera fuente creadora del arte: el hombre, el artista, el filósofo, el hombre de ciencia” (Aeloíza, 2007, p. 15). El artista no será el mismo que era antes de crear la obra, será diferente, la obra realizada desde el dúo razón – sensaciones, desde la coherencia que existe entre lo apolíneo y lo dionisiaco, transforma y al mismo tiempo crea. Al indagar sobre el origen de la obra como tal, se encuentra en,

la experiencia propia del artista, aquellos sentimientos que lo inundan en el momento de la creación...ese origen es el estado artístico del hombre, su estado estético...el artista se origina sólo con la creación de su obra de arte, sólo en la medida que sea participe de la voluntad creadora (Aeloíza, 2007, p. 15-16).

El artista se construye a sí mismo, se desarrolla paulatinamente para proyectarse con sus nuevos valores, elementos que combina en justa medida para alcanzar la libertad y hacer de ella su gran conquista. La libertad lo lleva a vivir sus emociones en plena autodeterminación.

### **El Arte, Lenguaje que Afirma la Existencia Humana**

El lenguaje le permite al hombre comunicarse y traducir no solo las palabras sino también el lenguaje gestual y visual, para Nietzsche (2008), “incluso hoy día se oye con los músculos,

todavía hasta se lee con los músculos” (p. 557). La comunicación le asegura al ser humano hacer su existencia más intensa y comprender al otro; en el arte abundan las convenciones, “Las formas de una obra de arte que dan a su pensamiento la palabra, que son, por consiguiente, su manera de expresarse, tienen siempre algo de peculiar” (Nietzsche, 2021, p. 143), debido a que la obra también es lenguaje. Un lenguaje que lo ha humanizado “se mira en el espejo de las cosas, considera bello todo aquello que le devuelve su imagen: el juicio bello de su vanidad específica” (Nietzsche, 2002, p. 104).

Ahora bien, para Nietzsche (2010), “Un placer comunicado es arte” (p. 102), es lenguaje de símbolos que entregan formas, movimiento y reflejos que terminan siendo universalmente comprendidos. La obra es un proceso continuo de reinterpretaciones por parte de los observadores, ella toca al hombre de forma individual, es lenguaje de seducción y de lamentos que resplandecen en los instintos del artista y de quienes la observan. La imagen termina siendo una sucesión de sonoridades casi verbales, armonías subordinadas al ser individual. Los elementos que conforman la obra son estímulos en sí mismos que expresan la voluntad de poder del artista y llegan al sentir del observador:

“...ese estado en el que el artista se siente impulsado a crear, esto es en el que siente sobre sí la huella del mundo como si fuera un llamado de su fuerza más propia. Ahora bien, del *conocimiento de ese estado* depende todo, y toda dedicación al arte sólo puede tener esta meta, la de llegar a descubrir a los nó-artistas una vía de acceso esos ocultos misterios del alma, en los cuales se ha gestado la obra de arte. El artista sólo lo es en la medida en que comunica algo acerca de tales misterios; mediante su modo de hablar y comunicarse quiere convertimos en compañeros de iniciación, con su obra quiere apuntar hacia algo que está antes de la obra y después de ella. ¡La naturaleza es en su interior mucho más rica, más poderosa, más gloriosa, más terrible, vosotros, tal como vivís habitualmente! no la conocéis! nos grita el artista, ¡seguidme y dejad de una vez tras de vosotros ese fragmento oscuramente iluminado de naturaleza y vida que realmente parece ser lo único que conocéis. Os conduzco a un reino que también es real: vosotros mismos deberéis decir, cuando desde mi caverna retornéis a vuestro día. qué vida es *más real!*” (Nietzsche, 2008, p.221).

Desde el punto de vista del ser humano, como ser que se relaciona y vive en sociedad, el arte se constituye en lenguaje previsto de comunicación, de una verdad relativa y en permanente cambio. Los códigos que interactúan la obra de arte de forma intuitiva, terminan transmitiendo, entregando, sensaciones a aquel observador que esté preparado para captarlas.

La pintura como expresión artística refleja la disonancia que confluye en éxtasis y espanto, en ella tanto el artista como el observador desaparecen, se olvidan de sí, se constituyen en un reflejo a-conceptual de placer, desmesura, contradicción y serenidad, en medio en medio de sus existencias en este mundo real. Las sensaciones anteriores no están explícitas en la obra, ellas están en el sentir de quien las observa, pues la obra de arte arranca limitaciones al ser que las contempla, le permite trascender atrayendo-lo hacía lo natural como su propia significación y hace de la existencia humana una inmortalidad existente.

El arte mantiene su fluir temporal, el espacio temporal en el que vive es el que le entrega el sentido y la expresión que el artista logra es a través del descenso a sus entrañas en el momento mismo de la creación. Ella desde su inicio es un proceso de contemplación, la presencia de algo imaginario, de la palabra, de un lenguaje creado a partir del color, principio inefable del enigma, de la expresión temporal que obliga a la voluntad de mirar y al mismo tiempo mirar-se. Mirar-se, observar-se es la razón poética que acoge la obra y la vuelve hacia ella misma, es un lograr sentir la realidad es su asomarse de forma temporal. La obra mirada sin prejuicios reitera ese fluir temporal y finito de la existencia, es "...la presencia de lo originario que aparece siempre incompleto, con zonas oscuras" (Micheron, 2003, p. 220). Ella revela al artista y al observador "...las sombras de lo originario que sin ella no se podría sentir...si la obra fuera un fin en sí, sería un objeto muerto. Su revelación áurea de lo originario determina su naturaleza inacabable y por lo tanto su acompañar" (Micheron, 2003, p. 221).

El arte es el instrumento que le permite el ser humano corporizarse para disfrutar de la experiencia sensible, ella no fija un sentido por el contrario entrega una presencia al ser ahí, la creación artística es el medio que permite “...aclarar la posibilidad de lo inefable” (Micheron, 2003, p. 223), caracterizando el trascender del hombre mediante “...un vínculo entre imaginar y sentir originario” (Micheron, 2003, p. 223).

Ni el artista ni el observador pueden pretender interpretar desde la hermenéutica una obra de arte, ella primero que todo tiene un fondo místico, que tiene por objeto llevar a una revelación, hacia un instante privilegiado e indeterminado donde detener la mirada de forma libre. La mirada libre crea sentido, produce sensaciones y conocimiento, es un instante de vacío espacio-temporal en el que se logra sentir lo bello, ella “acontece donde las cosas están vueltas unas a otras y entablan relaciones. La belleza narra. Al igual que la verdad, es un acontecimiento narrativo” (Han, 2020, p. 102). Es ese instante de vacío donde lo bello tiene “...un lugar privilegiado para la contemplación, pues representa el vínculo de la obra de arte con la realidad” (Micheron, 2003, p. 230).

La contemplación de la obra, desde una mirada creadora, refleja la realidad del observador, se acoge a una revelación poética que entrega la pintura, “El ver como revelación sólo se da entonces en el abrirse de quien mira” (Prezzo, 2003, p. 104), es un instante de libertad sin fin. Ella en sí misma no exige una búsqueda, ella ofrece un encuentro, su encuentro, pues ella es un medio para sentirse libre,

Tal como la obra pictórica sólo es un medio entre el hombre y la realidad originaria, la crítica de la razón poética es una mediación para el contemplador que le permite entrar en el misterio del cuadro y de la creación por la puerta de la libertad creadora (Micheron, 2003, p. 231).

Es posible pensar, con lo expuesto, que el observador puede lograr desde la contemplación una reflexión filosófica concentrando, sintiendo y cuestionando-se desde las entrañas el misterio presente que envuelve cada cosa, ese enigma que sólo desde la creación metafórica puede ubicarlo en el plano de la libertad, contemplar es ver pero de una forma diferente, exponiéndose en carne viva a una nueva experiencia, ver desde ese instante de contemplación en experimentar, “...es un dejar que algo suceda o un exponerse a un suceso...” (Han, 2020, p. 54).

La pintura hace parte de la estética humana, ella lo ubica en el horizonte de libertad, para abrir puertas a la creación y revelación incompleta de lo originario. Ella como acto creador es la promesa de trascendencia y construye en la realidad humana presencia, pero ¿cuál es el núcleo del pensamiento del artista? La respuesta a esta pregunta es la práctica artística misma, ella le permite entender e intuir su pensamiento intempestivo, pues a partir del principio dionisiaco, de la embriaguez como forma de potencializar-se, se puede asumir con buena conciencia la alternativa que tienen todos los artistas de darle forma a la propia existencia. El artista es intempestivo “porque el arte no revela un sentido último de la realidad ni tampoco es una manifestación más de la vida de los pueblos en la historia. Más allá de la estética, arte y vida humana significan el desafío siempre renovado de la creación” (Hanza, 2006, p. 33).

Surge la pregunta de siempre ¿pero cómo logra sentir el artista que el arte potencializa su realidad?, lo original del artista surge desde las entrañas, vivir desde el dúo razón-sensaciones, le permite existir de forma diferente, abandonarse en el estado mental de los sentidos, sin descuidar la razón, le permite al artista conectarse con su ser ahí y orientar sus sensaciones y pensamientos al origen, como a lo enigmático, al misterio que envuelve lo racional de las cosas, a su lado fantasmal, es centrarse en las entrañas. La realidad original siempre será inacabada, misteriosa y

enigmática, “...el vivir actual tiene su alivio en el mismo medio que nos hace sentir: el arte. El arte es la conciencia del vivir perdido y es el medio para recuperarlo” (Micheron, 2003, p. 218).

Pero ¿qué hace que un observador se detenga a contemplar una obra? Las respuestas pueden ser muchas, sin embargo, es posible plantearla desde la voluntad, la voluntad de contemplación que tienen todos los seres humanos en muchos momentos de su existencia, contemplar lo bello, lo contradictorio, lo vinculante, lo incondicional, lo desmesurado, el placer y en ocasiones el dolor. La contemplación le permite al observador detener el tiempo, abandonar todo deseo previo, ella le entrega la oportunidad de llegada a un instante presente de eternidad. Al retirarse o al abandonar la contemplación, ese instante presente de eternidad se quedará quieto, la voluntad de contemplación detiene el tiempo, lo reduce a lo que es realmente, un presente que es vivido sin resistencia, elevando al observador al esplendor de lo eterno, a ese breve momento de pequeña embriaguez, a esa fiesta que “...comienza cuando cesa el tiempo cotidiano profano” (Han, 2020, p. 96). La obra lleva al hombre a estar en su presente, ella suspende el poder que tiene el tiempo, lo reduce a su verdadero uso. En palabras del filósofo Han (2020), “las obras de arte son testimonios materializados de aquellos momentos dichosos de una cultura en los que el tiempo habitual, que es el que transcurre, ha sido superado” (p. 95).

Desde la modernidad has sido muchos los filósofos que han relacionado el arte con la fiesta, con instantes cortos de embriaguez, inherentes a un tiempo que no transcurre, que se detiene, entre ellos está Gadamer (1991), el cual en su libro *La actualidad de lo bello*, hace referencia a la temporalidad y al estado emocional que provoca la fiesta:

La celebración de una fiesta es, claramente, un modo muy específico de nuestra conducta. «Celebración»\*: si se quisiera pensar, hay que tener un oído muy fino para las palabras. Claramente, «celebración» es una palabra que explícitamente suprime toda representación de una meta hacia la que se estuviera caminando. La celebración no consiste en que haya que ir para después llegar. Al celebrar una fiesta, la fiesta está siempre y en todo momento ahí. Y en esto

consiste precisamente el carácter temporal de una fiesta: se la «celebra», y no se distingue en la duración de una serie de momentos sucesivos (p. 47).

En analogía con la fiesta, la contemplación es una actividad en la cual el hombre aprende a demorarse; en ambas existe otro tiempo, un tiempo que hace referencia a la celebración de algo imperecedero, un tiempo elevado, que Gadamer (1991) llama eternidad. Durante la observación “la interioridad solo puede alcanzarse en y desde la exterioridad, pero nunca al margen o en contra de ella” (Melich, 2002, p. 81), lo anterior no debe llevar a pensar que siempre prima la razón sobre los sentidos, al contrario, es una evidencia más de que el ser humano vive la realidad desde el dúo razón-sensaciones, siendo las sensaciones lo que da el origen al razonamiento. La contemplación de la obra genera conocimiento siempre y cuando el observador haga su propia reflexión. Es decir, cuando el observador se plantea sus propias preguntas respecto a lo que siente durante la contemplación de la obra, “La vida humana no consiste en encontrar la felicidad, sino en buscarla” (Melich, 2002, p. 155). Al ser humano le falta mucho por caminar, tiene aún mucho por hacer por él mismo y por lo demás, pues él es el único ser en el planeta que tiene todavía mucho ante sí. En palabras de Nietzsche:

...la voluntad de poder como esencia del ser y la “muerte de Dios” que es lo mismo, esto es, la desaparición de un sentido unitario del mundo y de sentidos ajenos a la voluntad de poder, constituyen la nueva ontología que hace del arte, modelo para entender la historicidad del hombre que es viajero que camina hacia ninguna parte (López, 1994, p. 48).

El arte y la vida se unen en libertad para potenciar la corporalidad y darle sentido a la existencia. El ser humano posee el talento para crear haciendo uso de la imagen de tal forma que la creación artística va al encuentro de los sentidos y de la verdad misma. La obra

es el puente objetivo entre el artista que conoce, que interactúa y aprehende la realidad que observa y siente, con el mundo subjetivo del yo, del otro. Es la emoción creativa y el conocimiento estético que una mente transmite a otra mente, momento de percepción en el que se concreta el acto artístico. Esta es la paradoja del arte. La expresión mediante la forma ocurre al darse la interrelación de nuestras relaciones auto-referidas con el mundo a través de los sentidos, interacción mediante la cual nuestro sistema cognitivo y emocional procesa la información que

aprehendemos, discrimina aquellos contenidos que considera relevante y construye una aportación diferencial que constituye el significado, cuya representación adquiere realidad física a nivel simbólico en la obra de arte (Velasco, 2010, p. 59).

A partir del análisis es posible concluir que la obra de arte dignifica la existencia humana, la conserva y la potencializa haciendo evidente el carácter afirmativo que tiene la vida, de tal forma que para el artista la voluntad de poder y para el observador la voluntad de contemplación tienen como base potencializar “la necesidad de preservar y transformar nuestro mundo existente” (Román, 2014, p. 186), desde el dúo razón – sensaciones, “desde la unidad de lo apolíneo y lo dionisiaco que gira en torno a la creencia de un mundo onírico, que en sus formas vivenciales de Apolo y Dionisos se concretiza en nuestra realidad aparente” (Román, 2014, p. 186). La existencia humana, postulada desde el mundo aparente, se comprende en forma de sensaciones primero para luego ser interpretada desde la razón.

El artista configura la obra desde el dúo razón – sensaciones, de tal forma que ella termina siendo conocimiento elaborado, testimonio de su tiempo, pues crear es producir algo nuevo en estado de libertad, entrelazado primordialmente con la “emoción y razón, entre imaginación y realidad, entre creación y libertad. Es precisamente de ese entrelazamiento que nace la creatividad” (Velasco, 2010, p. 62). Esto hace del arte un abrir-se hacia los sentidos desde la mirada, ella es la puerta a lo bello, a lo que gusta; la obra atrae la mirada, hacia ella se siente admiración “Porque la belleza en el arte es amor, destello, es luz y expresión de la dimensión espiritual del ser humano que trasciende a la realidad de todos los tiempos y todos los lugares” (Velasco, 2010, p. 61). Es a partir de la voluntad de contemplación que se logra la comunicación obra – observador, la cual vence el tiempo, lo detiene, lo deja fijo, pues la emoción se apodera del cuerpo y mente del ser humano mientras experimenta la totalidad percibida.

Toda actividad artística se sitúa en el camino hacia la libertad de la voluntad, no solo para el artista sino también para el observador, pues la voluntad de la contemplación como mirada sin prejuicios sobre la obra es motivo de creación. La obra le permite al hombre trascender, sentir la realidad que lo caracteriza lo humano que es “...el hombre se trasciende hacia la realidad originaria, el fondo sagrado y misterioso de la vida y de las cosas, hasta que dicho sagrado se revele como divino” (Micheron, 2003, 217). La obra de arte es fruto del dúo razón-sentimientos y debe empezar a entenderse desde las sensaciones y es allí donde la contemplación adquiere el privilegio que le permite comprender la revelación que entrega lo creado “... y la contemplación como mirada creadora” (Micheron, 2003, p. 217).

La voluntad creadora es condición estética relacionada directamente con la voluntad de poder, es según Nietzsche “a la fuerza manifestada empíricamente le corresponde una parte interior que la guía, siendo ésta la voluntad de poder, donde la segunda es el principio que activa a la primera para que se muestre” (Aeloíza, 2007, p.19). Sin embargo, esta fuerza no potencializa al ser sin que se involucre su mundo interior en el proceso creativo, sin añadir voluntad de poder a su mundo interior la fuerza no será nada. Cuando la fuerza se unifica desde el dúo razón – sensaciones adquiere una dimensión única, se convierte en el verdadero “impulso creador que se obtiene de la voluntad de poder” (Aeloíza, 2007, p. 20). La voluntad de poder, es la fuerza que unifica y del arte el potencializador de la existencia misma, ya que la voluntad de creación del artista siempre estará en crecimiento, pues ella se potencializa a sí misma. La voluntad de poder, es una muestra más del exceso de fuerza creadora. Nietzsche veía en el hombre “un estado artístico de embriaguez, la voluntad creadora del poder y capacidad del artista” (Aeloíza, 2007, p. 20), así como también al sujeto capaz de desestructurar todo aquello

que de una u otra forma el concepto desde tiempos pretéritos pretende hacerlo duradero gracias a su empuje transmundano.

### Conclusiones

El arte, finalmente,  
le ofrece al ser humano la posibilidad,  
no de ser más grande que los demás,  
sino la de ser más grande que él mismo.

(Pulgarín)

El mundo contemporáneo, es un momento histórico de agitación y cambios permanentes que producen profundas inquietudes y angustias, que hace sentir a los seres humanos, seres alejados del mundo a diferencia de las épocas anteriores. Se vive en medio de un sentimiento de incompletud, el cual genera en el artista precariedades, frustraciones, miedos y fobias, robándole totalmente la tranquilidad existencial. El artista contemporáneo esta estructuralmente ligado a la realidad, a una sociedad y a su cultura, las cuales le generan inconformidad y rebeldía. Es por lo anterior que no se siente identificado con la sociedad en la que vive, ni con su función como individuo. El arte muestra esta situación, refleja la realidad de un mundo desmesurado, en profunda crisis, donde al artista no le interesa presentar una obra para contemplar desde la belleza y no porque no pueda hacerlo, es solo porque el arte sublime ya no le suena agradable al alma y es por ello que el arte hoy es controvertido, en ocasiones contradictorio y tan oscuro como el hombre mismo.

Desde la filosofía del arte es posible asegurar que no solo el hombre tiene la capacidad para entender el mundo a partir de la lógica, también, desde la sensibilidad es posible identificar que el ser humano posee conciencia emocional, la cual no es independiente de la razón lógica, este dúo, razón-sensaciones, le permite al artista crear obras que expresan su realidad. Realidad amarrada ese instante de existencia vivido a partir de su sensibilidad. Desde las consideraciones

expuestas en el primer capítulo, es posible evidenciar que desde el dúo razón-sensaciones, el hombre produce arte partiendo de lo real que es: una vida afirmativa. Entregándose la oportunidad de lograr que su existencia tenga esencia, que su ser ahí, esté por algo y para algo, con ello su forma de vida será placentera.

La característica fundamental del ser humano, durante toda su existencia, es su actividad artística. Su reproducción constante de apariencias, desde la vida nómada en las cavernas hasta hoy, muestra que su devenir nunca termina, su mundo vive en permanente autoreproducción, destruye y construye, agitando sin tregua ese devenir donde nacen y mueren sin tregua las apariencias. El mundo como fenómeno, ofrece una descarga de imágenes proyectadas desde las apariencias, el resultado de esta naturaleza estética es la obra de arte, la cual no entrega estabilidad, ella por si misma es inestable, es el inicio de un proceso de auto reinterpretación de las sensaciones del artista embriagado de su realidad vital.

El arte le entrega al artista una forma de vida que lo lleva a ser lo que aún no es. Este permite expresar los sentimientos ligados a la existencia del ser humano, estimulando la vida misma de forma transparente, con voluntad y fundamentado en el ente, ese que se crea a sí mismo, provocando su creación. Crear es en sí un ejercicio de afirmación de una existencia finita, vivida en el ejercicio vital y corporal, que proporcionan crecimiento al observar las cosas de forma plena. El ser humano no debe ver el arte como algo aislado, algo fuera de su ser, una experiencia de otros; el arte aporta desde la voluntad individual, es esencia de la función de la vida. Es por ello que el arte no apunta a la vida en sí, sino a la razón en la vida, a su realidad. El artista vive desde la armonía del dúo logos – sensaciones, crea la obra a partir de su sentir como tal.

El arte es la actividad que lo conecta al hombre con la realidad cotidiana, con su mundo sensible. Para Nietzsche la relación cuerpo - sensibilidad permite alcanzar la revelación del sí mismo y es desde la actividad artística, lograda desde la voluntad de poder, lo que caracteriza al ente, debido a que ella lo es todo: es el devenir, es un querer ir más allá, manteniendo su esencia se acrecienta el poder.

Arte es la expresión de un artificio que nace, no de un discurso, sino de la naturaleza misma del ser. Nietzsche concibe el arte, iniciado por Schopenhauer, como una forma humana donde prima la voluntad. Esa voluntad única: metafísica y abstracta, sufre una metamorfosis en la edad madura. La fuerza estética adquiere una forma fisiológica inmediata, alejándose del pensamiento de Platón y Descartes, siendo el cuerpo quien tiene la capacidad y el poder de crear: el ser humano es cuerpo y son las pulsiones las que gobiernan las ambiciones del hombre y desde ellas puede interpretar-se el mundo; cada pulsión es una visión propia que busca imponerse sobre las demás pulsiones. La exteriorización de cada pulsión tiene como efecto, según Nietzsche, la voluntad de poder, la cual le permite al hombre vivir creando formas a partir de lo informe que es la realidad misma. Ella desde la realidad produce, en muchas ocasiones parálisis, gozo e ilusión que posibilita la vida. El artista como indagador del mundo aparente, encuentra en sí mismo la inspiración que lo lleva a la afirmación de su existencia. Nietzsche desde su voluntad de poder motiva al conocimiento personal, el cual se logra desde el amor propio, después de recorrer la inmensidad de las sensaciones del cuerpo que permiten lograr la expresión del sí mismo. La emoción produce el impulso de crear, en el artista y de contemplación en el observador; en ese instante aflora la excitación, el ser traspasa la frontera y camina por espacios donde no había estado jamás. Es el impulso que nació desde las mismas entrañas el que contribuye a la construcción de algo nuevo, sea una obra en el artista o un pensamiento en el observador,

haciendo de la obra un estado de plenitud del ser. El exceso de descargas vitales le permiten al ser humano transformar el sentido de su voluntad, convirtiendo la creación en voluntad, una voluntad de poder que termina transformando su existencia en una obra de arte.

La razón por la cual el arte busca darle belleza a la vida, es por ser ella precisamente insoportable; el arte busca idealizarla, llevándola a un plano afirmativo que le permita al ser humano seguir viviendo. Es quizás irónico pensar que el arte parte de una contradicción, pues es desde lo insoportable de la vida que el arte le proporciona nuevas fuerzas al hombre para potencializar la existencia. La contradicción debe existir para que el arte se relacione con la vida y se logre producir una afirmación de ella, manifestada desde lo más íntimo del ser. El arte afirma la vida en el momento que el hombre la fundamenta en una autoproducción estética con un objetivo claro, el eterno retorno, como anhelo de que ella se repita de forma eterna. Desde esta perspectiva de Nietzsche, el arte puede ser considerado como forma para transfigurar el mundo del ser humano, el cual le permite lograr a partir de la creación y de la contemplación, entregarse de forma afirmativa a su existencia.

La oscuridad es necesaria para aclarar y para embellecer, ese velo de embriaguez es lo que hace soportable la existencia humana. El arte produce en la vida goce y tranquilidad provisional, es una descarga de paliativos que aumentan la voluntad de poder y llevan a la acción. El controlado estado apolíneo es inundado por el estado dionisiaco, desenfrenado, es en ese momento que su mundo se pone al descubierto, se desestructura para volver a construirse y mostrar su mundo real, en ocasiones sensible y en otras oscuro. El artista desde su excitabilidad coloca un velo sobre su realidad, de tal forma que el arte genera artificiosidad y algo de impureza en el pensamiento, esconde y revela, es el estado de embriaguez artística. De esta forma en el artista aparece una fuerza que lo invita a renacer, a desbocarse en emociones y sensaciones, la

voluntad de poder, ella no solo produce gusto, sino también la configuración del deseo del eterno retorno y la oportunidad de liberar su voluntad creadora.

Al abordar la *interpretación de la noción de arte como estructura de voluntad*, se evidenciaron tres aspectos: la voluntad de poder como fuerza creadora de arte, la voluntad de poder como libertad y la voluntad como poder desde el sujeto observador.

En el primero, *la voluntad de poder como fuerza creadora de arte*, para Nietzsche, durante la creación de la obra no es posible distinguir al artista, el sujeto desaparece, no hay una esencia de las apariencias, ellas son una descarga de fuerzas inconscientes. Vivir en una multiplicidad de pulsiones, genera un devenir cambiante que obliga al hombre a destruirse y crearse, es una constante transformación. La vida como actividad artística, es capacidad de simbolizar en medio de ausencia de formas y límites, es la fuerza de voluntad la que produce la transformación, la que da forma y termina produciendo la figuración y es que si a la voluntad de poder se le añade la fuerza interior, el accionar de estas fuerzas, que preceden a las formas y terminan haciéndolas posible, manifiestan en el hombre su instinto creador. Para este pensador la voluntad de poder es una fuerza que se despliega y reafirma el juego permanente e indefinido de creación artística. El arte como expresión artística tiene la capacidad de crear algo, es la voluntad de poder en sí misma la que hace que el artista vaya más allá de él mismo; voluntad de poder es un ir más allá de sí, haciendo de la voluntad como voluntad un querer ir más allá manteniendo su esencia se acrecienta el poder. El arte conecta la vida cotidiana del hombre con su mundo sensible, es por ello que es posible pensar que la actividad artística en su máxima expresión la produce la voluntad de poder.

En el segundo, *la voluntad de poder como libertad*, el pensamiento de Nietzsche no está orientado a una pregunta por la vida en sí, en su lugar se pregunta por la razón en la vida, entendida como un proceso, un devenir, construir, crear y destruir, la vida es la instancia más cercana a lo afirmativo, a lo dionisiaco. Ese impulso creador llena al hombre de voluntad de poder como algo vivo y dinámico, lo abre al eterno retorno como forma de afirmación de su existencia. El ser humano logra la excelencia del espíritu libre cuando asume su poder de elección, es decir, el espíritu libre muestra la fuerza de su libertad cuando no vive desde lo que le es impuesto. Aceptar que es dueño de la decisión de elección marca la diferencia. El arte le entrega al hombre las habilidades necesarias, no solo para ser un gran artista, sino para lograr la felicidad desde un vivir en libertad. Es por lo anterior que es posible decir que el arte invita al hombre a verse a sí mismo, desde un estado consciente le recuerda la necesidad de sentir, no solo desde la razón, sino también desde la fuerza vital de la naturaleza, sus sentidos, su fuerza vital dionisiaca, embriagadora, de tal forma que pueda lograr establecer una alianza con su ser ahí para soportar y llenar su existencia finita de libertad y alcanzar el gozo de la vida. Hacer partícipe a los sentidos de la existencia, le permite identificar-se con las fuerzas del mundo, pues el hombre no solo reclama el conocimiento de la verdad como ideal platónico, sino que también requiere de la apariencia, de su existencia física. El trabajo del artista consiste en potencializar y develar esa fuerza interna que le habla con tono bajo, es el acto de producir sin conformarse con lo que ya fue elegido. Voluntad en sí, es asumir la elección de ser libre en el infinito universo que conforma la existencia del ser humano. La libertad para Nietzsche, es lo que le permite al hombre ser cada día más fuerte.

En el tercer aspecto, *la voluntad como poder desde el sujeto observador*, filosofía y estética del arte se convierten en disciplinas del conocimiento que busca la esencia de la vida, del

ser ahí, en el mismo instante en el que el hombre se proyecta sobre la obra expuesta, con el fin de volver a poseer su existencia desde las sensaciones dotadas de razón, sensaciones e intencionalidad. Sin embargo, al final la obra le reclama al artista una última mirada, no para dar privilegio al resultado, por el contrario, para darle el sentido de revelación, de verdad, que se hará visible en el momento justo que la pintura realice su magia invisible. De esta forma el artista ofrece en cada obra una revelación, un estado de ánimo que solo podrá ser sentido en la pasividad de la voluntad de contemplación, en ese instante se comunica la obra, habla para ser develada. El artista no pinta sus sensaciones, son las sensaciones en estado contemplativo las que se dejan pintar y no para ser entendidas, sino para ser vistas, pues su enigma la obra en sí misma no lo resuelve, en ocasiones lo observado no acontece ni amenaza, el rayo no cae, la lluvia no moja, el fuego no quema, pero a los ojos del observador algo acontece. La obra se deja ver, aparentemente quiere construir, pero al mismo tiempo destruye, su enigma desde la contemplación podrá en ocasiones ser insoluble, la pintura es un momento presente para el observador, lo lleva a lo intangible, a esa penumbra que antecede a la luz reveladora. Las imágenes creadas desde la pintura le dan al hombre la oportunidad de comprender y sentir la realidad del aquí dado, no como concreto e inamovible, sino como frágil y cambiante, como la vida misma. La pintura como arte es un no plantearse límites ni matices, ella es riqueza que se desborda sobre todo lo que el humano quiere lograr, es sentirse como apertura hacia lo develado mismo. La pintura une en un íntimo sentir la existencia, obliga al hombre asombrarse frente a la cotidianidad: es razón y sentimiento, para trascender la realidad del pensamiento del hombre. El lenguaje poético, desde el sentir, ha sido el impulso de transformación del pensamiento, hacia un mundo en permanente movimiento, donde la realidad del ser cambia constantemente, buscando en el instante la riqueza que ofrece vivir-lo diferente. El artista faculta imaginaciones, descubre cómo su movilidad constante, hace de ellas una posibilidad de nuevos significados. La obra termina siendo verso que

aflora desde el silencio ensordecido del lenguaje pictórico del artista. Este a partir de la libertad de la voluntad de poder construye de forma libre instantes de existencia donados al observador. En el mundo de la pintura, la ficción de momentos sentidos, llevan al artista a dejar en palabras su universo interior, posibilidades aparentemente insólitas, pero no ilógicas, las cuales solo suceden en su existencia, pero que al ser entregadas el observador puede quedar atrapado y sentir que de alguna forma la vive y la siente, los acontecimientos de ese universo pictórico terminan siendo absolutamente coherentes y la dinámica interna permite que ese mundo ficticio sea no solo entendido sino sentido y reinterpretado por el observador.

En el tercer capítulo *el arte potencializador de la vida*, se evidenció la relación entre vida y arte en la que Nietzsche se apoya para trabajar la coherencia que existe entre el estado apolíneo y el estado dionisíaco. Una relación directa, la vida le da origen al arte y este le entrega horizontes a la vida. Es el arte en este caso una descarga positiva que revitaliza y potencializa la vida como un trascender, una fuerza creadora que potencializa al ser humano en la permanente búsqueda de un sentido pleno a su existencia. El artista que siente y aprende de sus emociones puede experimentar un espíritu libre, en intimidad se acerca a la conciencia para abrazar de forma aplacible la belleza del lenguaje que deja el color en la pintura. La rebeldía se transmite a la obra y la embriaguez irrefutable potencializa sus emociones convirtiendo su propia naturaleza de hombre común, en arte. La obra de arte mantiene su fluir temporal, el espacio temporal en el que vive es el que le entrega el sentido y la expresión que el artista logra es a través del descenso a sus entrañas en el momento mismo de la creación. Ella desde su inicio es un proceso de contemplación, la presencia de algo imaginario, de la palabra, de un lenguaje creado a partir del color, principio inefable del enigma, de la expresión temporal que obliga a la voluntad de mirar y al mismo tiempo mirar-se. Mirar-se, observar-se es la razón poética que acoge la obra y la vuelve hacia ella misma, es un lograr sentir la realidad, es su asomarse de forma temporal. La obra

mirada sin prejuicios reitera ese fluir temporal y finito de la existencia. Toda obra que genere sensaciones en el artista y el observador, contiene en si misma el infinito, tiene un propósito de creatividad que le permite al ser humano explorar su cotidianidad sin apresurarse, sin impedirse fluir hacia su propia grandeza. El arte, finalmente, le ofrece al ser humano la posibilidad, no de ser más grande que los demás, sino la de ser más grande que él mismo.

### Referencias Bibliográficas

- Aeloíza, C. (2007). Nietzsche: una nueva mirada a la filosofía del arte. Universidad de Chile. Facultad de filosofía y humanidades.
- Aldonati, L. (2017). El artista como espíritu libre en la ciencia jovial y así habló Zaratustra de Friedrich Nietzsche. Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, pág. 113 – 142.
- Arrocha, R. (2009). Arte, mito y voluntad de poder en F. Nietzsche. Revista Estética, 14, pág. 169-177.  
<http://www.saber.ula.ve/bitstream/handle/123456789/30950/articulo17.pdf;jsessionid=C67E585200F6B7F82C5C8466DF4E664D?sequence=1>
- Avila, R. (2006). El poder del arte. Daimon, Revista de filosofía #36.
- Camus, A. (1995). *El mito de Sísifo*. Alianza Editorial. Madrid, España.
- Bachelard, G. (2002). *La intuición del instante*. México, FCE.
- Barelli, M. (2017). Transformaciones de “lo dionisiaco”: un análisis sobre el giro de Nietzsche en Humano, demasiado humano. *Diánoia*, 62(78), 47-73. de  
[https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0185-24502017000100047](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-24502017000100047)
- Castro, F. (2008). Interpretación nietzscheana del fenómeno estético. Revista Folios. Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá. Pág. 16 – 23.
- Chacón, P. (2015). La pintura como lugar de revelación en María Zambrano. Revista Aurora, número 16.
- Cofré-Lagos, J. (1991) Filosofía del arte. U.D.P Editorial Universidad Austral de Chile

- Danto, A. (2013). ¿Qué es el arte? España: Editorial Paidós. Página 148.
- Deleuze, G. (1998). Nietzsche y la filosofía. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Deleuze, G. (2000). Nietzsche. Arena libros, Madrid.
- De la Maza, L. (2005): Fundamentos de la filosofía hermenéutica: Heidegger y Gadamer. Revista Teología y Vida, vol. XLVI, Chile.
- De Santiago, L. (2000). El arte como función de la vida en F. Nietzsche. Contrastes. Revista Internacional De Filosofía. <https://doi.org/10.24310/Contrastescontrastes.v0i0.1614>
- Diaz, S. (2014). Arte y pensamiento en Gilles Deleuze. Una experiencia lúdico-estética más allá de la interpretación. Fedro, revista de estética y teoría de las artes, número 13.
- Espinoza, L. (2019). La estetización del tiempo en Nietzsche y Ana Mendieta como potenciación de la vida. Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México.
- Fink, E. (2019). La filosofía de Nietzsche. Editorial Herder, Barcelona, España.
- Gadamer, H. (1991). La actualidad de lo bello. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, España.
- Gama, L. (2008). Los saberes del arte la experiencia estética de Nietzsche. Ideas y valores, número 136. <http://www.scielo.org.co/pdf/idval/v57n136/v57n136a04.pdf>
- Hanza, K. (2006). Nietzsche intempestivo: el arte más allá de la estética. Revista más allá de la estética, *Revista instantes y azares*, Escrituras nietzscheanas.
- Heidegger, M. (2000). Nietzsche I. Ediciones destino, Barcelona.
- López, M. (1994). La hermenéutica del arte de Gianni Vattimo a la luz de Nietzsche y Heidegger. *Revista Perspectivas nietzscheanas*, año II, #3, octubre.

Maillard, Ch. (2017). La razón estética. Galaxia Gutenberg, Barcelona España.

Melich, J. (2002). Filosofía de la finitud. Editorial Herder, Barcelona España.

Micheron, C. (2003). Introducción al pensamiento estético de María Zambrano: algunos lugares de la pintura. *Revista Logos*. Anales del seminario de metafísica.

Morales, G. ((2006). Michel Maffesoli y la razón sensible: una argumentación postmoderna.

*Revista ABRA*, 26(35), 125-140. Retrieved from

<https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/abra/article/view/1993>

Nietzsche, F. (1932). Homero y la filología clásica. En *Obras Completas*

IV (I). Madrid: AguilarHan, B. (2020). La salvación de lo bello. Herder. Barcelona, España.

Nietzsche, F. (2002). *Crepúsculo de los ídolos*. Editorial Alianza, Madrid.

Nietzsche, F. (2003). *La filosofía en la época trágica de los griegos*. Edición Valdemar, Madrid.

Nietzsche, F. (2004). *Estética y teoría de las artes*. Metrópolis (Tecnos – Alianza editorial), Madrid.

Nietzsche, F. (2004). *El nacimiento de la tragedia*. Editorial Alianza. Madrid.

Nietzsche, F. (2005). *Más allá del bien y el mal*. Alianza Editorial, Madrid.

Nietzsche, F. (2006). *La voluntad de poder*. Editorial Edaf, Madrid.

Nietzsche, F. (2008). *Fragmentos póstumos volumen II (1875 – 1882)*. Editorial Tecnos, Madrid.

Nietzsche, F. (2008). *Fragmentos póstumos volumen IV (1885 – 1889)*. Tecnos, Madrid.

Nietzsche, F. (2009). *El nacimiento de la tragedia*. Editorial Alianza, Madrid.

Nietzsche, F. (2010). Fragmentos póstumos volumen I (1869 – 1874). Editorial Tecnos, Madrid, pág. 645.

Nietzsche, F. (2010). Fragmentos póstumos volumen III (1882 – 1885). Editorial Tecnos, Madrid.

Nietzsche, F. (2013). La gaya ciencia. Editorial Edaf, Madrid.

Nietzsche, F. (2021). Humano, demasiado humano. Editorial Skla, Madrid.

Nietzsche, F. (2022). Así habló Zaratustra. Editorial Panamericana. Bogotá.

Prezzo, R. (2003). Pensar en otra luz. Aurora: papeles del seminario de María Zambrano, #5.

Quevedo, M. (2006). El arte, transfigurador de la vida. Revista Límite, vol. 1, núm. 13.

Román, L. (2014). La voluntad de poder en Nietzsche. Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

Sánchez Meca, D. (2008). Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo. Tecnos, Madrid.

Secchi, G. (2007). La vida humana en el pensamiento de Ortega y Gasset. El hombre como novelista de sí mismo. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades.

Silenzi, M. (2006). El arte como un nuevo pensar: la concepción nietzscheana y heideggeriana. *Andamios*, 2(4), 201-217.

[https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1870-00632006000100008](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632006000100008)

Silenzi, M. (2018). El artista dionisiaco en la filosofía tardía de Nietzsche y su relación con la psicología de Féré. *Andamios*, vol 15, número 37.

Velasco, J. (2010). El arte es forma de conocimiento. Archipiélago. Revista Cultural De Nuestra América, 16(61). <https://www.revistas.unam.mx/index.php/archipelago/article/view/200>

69

Zambrano, M. (2019). Obras completas IV tomo 2. Galaxia Gutemberg, Barcelona España.